

Solamente indígena.

La LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

SUMARIO

Portada: Puerta de Tierra (ciudad de Panamá). Cuadro al óleo de William Leblanc (1857)

	<u>Páginas.</u>
Gerencia y Junta Directiva de la Lotería Nacional	2
Nota Editorial:	
La Asamblea Constituyente	3
La Convención Nacional Constituyente de 1945 (Cuadro)	4
Presidentes de Panamá (don Ezequiel Fernández Jaén)	5
Panamá en 1894, por Fritz W. Up de Graff	7
Página Poética:	
Romance de Junio, por Gema Endara Peñaherrera	8
A la Torre de Panamá la Vieja, por Julio Flores	8
Vieja Panamá, por Rafael Heliodoro Valle	9
Yo sé que volverás, por José Guillermo Batalla	10
Números favorecidos por la suerte de Enero a Junio de 1945	10
El Arte en Panamá (la pintura y la música) por Narciso Garay	11
Un episodio de mi vida (1866), por Víctor Guardia	15
La intuca muerte del Gobernador Carlos Fábrega, por E. J. Castillero	19
El cuadro de la Santísima Trinidad en Natá, por Mariano Prados	21
Frases históricas (Carneros de Panurgo), por Juan J. Méndez	23
Los Piratas toman a Panamá, por A. O. Exquemelin (traducción de Luis R. Salvat)	24
Delegados a la Convención Constituyente, en orden alfabético	30
Avisos:	
Banco Nacional de Panamá	6
Lotería Nacional de Beneficencia	22
A Ud. le interesa saber	29
Editora La Estrella de Panamá	31
Plan del Sorteo Ordinario de la Lotería Nacional de Beneficencia	32

GERENTE:

Pedro Vidal Cedeño.

SUBGERENTE:

Rolando de la Guardia

TESORERO:

Carlos M. Arango

JEFE DE CONTABILIDAD:

Heraclio Chandeck

SECRETARIO:

José A. Sierra

**LA JUNTA DIRECTIVA DE
LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA**

Presidente:

Roberto F. Chiari

MINISTRO DE SALUBRIDAD Y OBRAS PUBLICAS

Vice Presidente:

Carmen E. de de la Guardia

PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL

Secretario:

José Antonio Sierra

DIRECTORES

Juan Antonio Guizado

COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

Rev. Padre José Angel Torres

DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

Roberto F. Chiari

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO

Eduardo de Alba

GERENTE DEL BANCO NACIONAL

Ing. Manuel F. Zárata

SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

Editorial

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Como resultado de la pugna electoral celebrada el domingo 6 de Mayo, iniciará sus labores en esta Capital el día 15 de Junio nuestra Segunda Asamblea Nacional Constituyente.

Tarea árdua y ponderosa es ésta que le está reservada a dicha Corporación para poder estructural sobre bases sólidas y permanentes nuestra República y asegurar el orden, la justicia y la felicidad entre los gobernados.

El momento es propicio para llevar a cabo una amplia rectificación de los yerros cometidos, que no son pocos, y para el desenvolvimiento y la culminación de una labor de elevadas finalidades y de nobles y halagüeñas perspectivas para la patria. El clima de cordialidad y de comprensión que ha seguido al cierre del debate eleccionario último, y el espíritu de acendrado patriotismo que parece animar a los señores Delegados a la Constituyente, dan derecho a esperar que en el curso de las sesiones de esta máxima entidad legislativa se vaya poco a poco plasmando el nuevo orden de cosas por el que todos hemos venido suspirando, y se produzcan las condiciones de firmeza, seriedad y honradez que son indispensables para el logro de una verdadera reconstrucción nacional.

La República ha estado viviendo por largo tiempo una existencia de ficción política, de inseguridad general y de lamentable divorcio de las normas jurídicas y legales que deben ser el eje regulador de sus funciones gubernamentales. De aquí el que las miradas de la ciudadanía estén ávidamente fijadas en la acción que haya de desarrollarse este magno Cuerpo llamado a devolverle a la nación su prestigio, ya lastimosamente mermado, y a asegurarle la vida estable y digna que le imponen su tradición democrática y su privilegiada posición entre los pueblos del Continente.

Y tras de estas miradas de inquietante expectativa están, en una floración de halagadoras esperanzas, las palpitaciones no solo de cuantos nos preocupamos por la salud y el enaltecimiento de la patria, sino igualmente los más cálidos votos que la colectividad formula por que del seno de la Asamblea Nacional Constituyente pronto a reunirse salga, como de un crisol purificador, la nueva República que venga a ser la bella realización de un anhelo común y un legítimo orgullo para todos los panameños.

"Lotería" saluda con todo respeto a los señores miembros de la Asamblea Nacional Constituyente, y les desea el mayor acierto en el desempeño de la gran misión que acaba de encomendarles el mandato popular.

J. G. B.

Junio 6 de 1945

analítica
717 N 1197/11

LA CONVENCION NACIONAL CONSTITUYENTE DE 1945.

Por medio del Decreto número 4 de 29 de Diciembre de 1944, el Poder Ejecutivo Nacional suspendió la vigencia de la Constitución Nacional de 1941 y convocó a una Convención Nacional Constituyente que debe reunirse el viernes 15 del presente mes de Junio. El domingo 6 de Mayo próximo pasado se verificaron las elecciones de Delegados a la citada Convención, la cual está integrada por 9 Delegados Nacionales y por 42 Delegados Provinciales, así: 1 por Bocas del Toro; 4 por Coclé; 5 por Colón; 7 por Chiriquí; 1 por Darién; 3 por Herrera; 3 por Los Santos; 12 por Panamá y 6 por Veraguas, haciendo un total de 51 Delegados.

Los partidos políticos militantes obtuvieron sus representantes así: Liberal Renovador 12; Nacional Revolucionario 11; Liberal Nacional 8; Demócrata 7; Liberal Doctrinario 7; Socialista 2; Conservador 2 y 2 Independientes.

Las personas elegidas fueron las siguientes:

DELEGADOS NACIONALES (9): Abilio Bellido (Demócrata); Esther Neira de Calvo (Nacional Revolucionario); Diógenes de la Rosa (Socialista); José Isaac Fábrega (Independiente); Mario Galindo Toral (Liberal Nacional); Luis Enrique García de Paredes (Conservador); Ramón Jiménez (Liberal Doctrinario); Jacinto López y León (Liberal Nacional) y Manuel Pino Raphael (Nacional Revolucionario).

DELEGADO POR BOCAS DEL TORO (1): Rosendo Jurado V. (Independiente).

DELEGADOS POR COCLE (4): Jerónimo Almillétegui Neira (Liberal Nacional); Harmodio Araúz (Nacional Revolucionario); Maximiliano Arosemena (Liberal Doctrinario) y Rogelio Robles Méndez (Liberal Renovador).

DELEGADOS POR COLON (5): José Dominador Bazán (Liberal Renovador); José M. Moreno (Liberal Doctrinario); Antonio de Reuter (Liberal Renovador); Alberto Rivera L. (Demócrata) y Gil Blas Tejeira (Nacional Revolucionario).

DELEGADOS POR CHIRIQUI (7): Aurelio E. Arias (Nacional Revolucionario); Amado Boutet (Demócrata); José Anel de la Lastra (Nacional Revolucionario); José de Obaldía Jované (Liberal Doctrinario); Alberto Ortega (Demócrata); Nicolás Sagel (Liberal Nacional) y Didacio Silveira (Liberal Renovador).

DELEGADO POR DARIEN (1): Gregorio de los Ríos (Liberal Nacional).

DELEGADOS POR HERRERA (3): Agustín Ferrari (Nacional Revolucionario); Pacífico Ríos S. (Liberal Doctrinario) y Manuel Varela Jr. (Demócrata).

DELEGADOS POR LOS SANTOS (3): Harmodio Arosemena Forte (Liberal Renovador); Elías Cano Chanis (Liberal Nacional) y Cecilio Castellero (Nacional Revolucionario).

DELEGADOS POR PANAMA (12): Gaspar Arosemena Forte (Liberal Renovador); Homero Ayala P. (Liberal Renovador); Heraclio Barletta (Nacional Revolucionario); Alberto A. Boyd (Demócrata); José A. Brower (Socialista); Roberto Clément (Liberal Renovador); Eric Delvalle (Liberal Renovador); Gumersinda Páez (Nacional Revolucionario); Felipe O. Pérez (Liberal Doctrinario); Jorge Ramírez Duque (Liberal Renovador); Generoso Simons (Liberal Nacional) y Antonio José Sucre (Liberal Renovador).

DELEGADOS POR VERAGUAS (6): Rodolfo Elías Arosemena (Nacional Revolucionario); Waldo Arrocha Graell (Conservador); José María Herrera B. (Liberal Doctrinario); Salvador Marengo (Liberal Nacional); Rosendo Rosas (Liberal Renovador) y Julio E. Vargas (Demócrata).

analítica
TITN 1197/1

PRESIDENTES DE PANAMA



Don EZEQUIEL FERNANDEZ JAEN

Segundo Designado:

16 Diciembre 1939 — 18 Diciembre 1939

A las ocho de la mañana del día diez y seis de Diciembre del año de mil novecientos treinta y nueve el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, don Darío Vallarino, dió posesión a don Ezequiel Fernández Jaén del alto cargo de Encargado del Poder Ejecutivo en su carácter de Segundo Designado, con motivo del fallecimiento del doctor Juan Demóstenes Arosemena, Presidente de la República, por no encontrarse en el país el Primer Designado

que le fue encomendado el 1º de Octubre de 1936 y fue elegido Segundo Designado por la Asamblea Nacional en Octubre de 1938.

* * *

Del libro "GALERIA DE PRESIDENTES DE PANAMA", cuya segunda edición está en preparación, del profesor don Ernesto J. Castellero R., tomamos la siguiente biografía:

"Nació el Sr. Ezequiel Fernández Jaén en Penonomé el 3 de marzo de 1886. Recibió su

representada a nuestra República en los Estados Unidos de Norteamérica en calidad de Embajador.

El señor Fernández Jaén formaba parte del Gabinete del Presidente Arosemena como Secretario de Hacienda y Tesoro, portafolio

su ciudad natal y muy joven formó parte de la burocracia oficial en el ramo de la judicatura donde hizo su carrera profesional con más de cinco lustros de servicios públicos, ascendiendo desde los más humildes cargos hasta la Magistratura de la Corte Suprema de Jus-

ticia que ejerció en distintas ocasiones. El Sr. Fernández, como lo fue su predecesor Dn. Rodolfo Chiari, es, pues, una personalidad forjada a los golpes del propio esfuerzo entre las rudas faenas del trabajo y del estudio.

En 1932 entró a desempeñar las funciones de Registrador General del Estado Civil, en cuyo cargo permaneció por un lapso de más de un decenio (1920-1932).

Cooperó con su consejo y dirección en la revolución política de 1931 llevada a cabo por la Sociedad Acción Comunal y a partir de entonces se dió de lleno a las actividades de la política nacional desde la estratégica posición de Secretario General de la Presidencia de la República, funciones que desempeñó por todo el cuatrienio presidencial del Dr. Harrodio Arias. (1932-1936).

Miembro de la dirección del Partido Nacional Revolucionario que fundó el Dr. Arnulfo Arias para cambiar los postulados políticos hasta entonces imperantes y que se consideraban caducos por la conciencia nacional, Dn. Ezequiel Fernández Jaén cooperó en la campaña de 1936 en forma tan activa y eficiente que, triunfante dicha agrupación con el Dr. J. D. Arosemena como abanderado, este mandatario lo llevó al Gabinete, como se ha dicho, encomendándole la guarda de las finanzas de

la República, y el Dr. Arnulfo Arias lo puso al frente de la dirección del nuevo Partido durante su ausencia por Europa a donde fue investido de diversos cargos diplomáticos.

En el bienio de 1936-38 la Asamblea Nacional reconoció sus servicios en la política nombrándolo Tercer Designado y en el bienio subsiguiente de 1938-40 fue ascendido a Segundo Designado por la misma corporación.

Fue con tal carácter y por ausencia del Primer Designado, que el Sr. Fernández Jaén asumió los supremos poderes de la nación el 16 de diciembre de 1939 por el corto lapso de tres días, mientras retornaba al Istmo el Dr. Augusto S. Boyd. Este, al tomar posesión de la Presidencia, volvió a confiar al señor Fernández el portafolio de Hacienda y Tesoro.

En 1940 Dn. Ezequiel Fernández fue nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Costa Rica. En 1941 fue ascendido al rango de Embajador en el mismo país. Con este carácter le cupo en suerte firmar en mayo de dicho año el tratado definitivo de límites que dio fin al centenario pleito de fronteras entre las dos naciones. Terminada su misión diplomática, se retiró a la vida privada. Fue el XXI mandatario de la República."

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Cuenta con el mejor servicio en el país con sucursales
en Colón y agencias en

BOCAS DEL TORO
AGUADULCE
ALMIRANTE
CHITRE
CONCEPCION

DAVID
LAS TABLAS
OCU
PENONOME
SANTIAGO

PUERTO ARMUELLES

Dirección Telegráfica: "BANCONAL"

EDUARDO DE ALBA, Gerente.

PANAMA EN 1894

por FRITZ W. UP DE GRAFF

Mr. Up de Graff, escritor norteamericano, autor del libro de viajes "Cazadores de cabezas del Amazonas", estuvo en esta ciudad, de paso para Guayaquil, y nos dejó la visión de la urbe en estas líneas.

J. A. S.

"Al llegar a Panamá escribí a casa el 12 de Diciembre de 1894, desde el Gran Hotel (1), orgullo de la población. Anunciábase a sí mismo en el papel de escribir como "situado en el "Parque de Santa Ana", el sitio más céntrico de la ciudad y al mismo tiempo el más sano; restaurante de primer orden, magníficos dormitorios para viajeros y transeúntes, salón de baile, etc."

En honor a la verdad, los rasgos característicos de este hotel eran suciedad, chinches y cucarachas y una completa negligencia en las cosas decorosas de la vida, según nosotros las entendemos. Las medidas higiénicas eran en extremo originales. El dueño, siempre con miras al negocio, había mandado construir una especie de exposición de cañerías modernas, instalación que probablemente sería la primera de este género entre Méjico y la Argentina. En uno de los extremos del comedor había una serie de "cabinets" protegidos únicamente por pequeñas medias puertas, lo cual permitía a sus ocupantes continuar la conversación con los amigos que se hallaban sentados a la mesa!

El comedor tenía dos puertas a la calle, sin resguardo de ningún género contra la catterva de chiquillos desnudos, zopilotes (gallinazos), perros y cerdos que pululaban por todas partes, entrando y saliendo en procesión interminables en busca de desperdicios. Los

"magníficos dormitorios" que anunciaba el papel de escribir estaban a tal extremo llenos de bichos, que, por mucho que diga, no podré nunca dar una idea exacta de ello. No me habían notificado al entrar si era costumbre entonces segar el césped y los hierbajes antes de mostrar a un huésped su cuarto; pero, sea como fuere, el propietario de este hotel había descuidado el hacerlo. El verde crecía entre las maderas del entarimado por lo menos a un pie de altura cuando tomé posesión de mi cuarto. Estuve escardándolo un poco antes de meter dentro mi baúl y, depositándolo en el claro que había hecho, dormí encima de él aquella noche, librándome de esta manera de los animalitos que habitaban en la cama, pues para llegar hasta mí tenían que exponerse al riesgo de perderse en el bosque del suelo. De todos modos, los mosquitos eran desesperantes.

Míster Soresby, el cónsul americano, estuvo muy atento conmigo, haciéndome gran cantidad de amistosas advertencias, que le agradecí mucho. Eran numerosas las asechanzas que aguardaban al joven e incauto viajero del Norte. A la noche siguiente de mi llegada a la población me llevó a los sitios de diversión, demostrándome, entre otras cosas, su habilidad para probar fortuna. En pocos momentos ganó 20.000 pesos colombianos y desbancó. Al rogarle el dueño que le cediera la mitad del dinero para rehacer la banca, Soresby le dirigió la siguiente pregunta:

—¿Me hubiera usted devuelto a mí la mitad del dinero si lo hubiera perdido?

El interpelado no contestó. Yo pensé por entonces que mi amigo era mezquino; pero luego he variado de opinión.

Al día siguiente me embarqué con gran satisfacción en el vapor "Santiago", de la Pacific Mail Line, y, partiendo hacia Guayaquil, dije adiós a Panamá, llegando al punto de destino después de cuarenta y ocho horas de travesía.

(1) Cuando Mr. Up de Graff estuvo en Panamá existían dos edificios con este nombre de "Gran Hotel". El Gran Hotel de España, cuyo propietario lo era don Antonio Santeugini, en el Parque de Santa Ana, en el sitio denominado Portal de Piedra y hoy, Panazone, y el Gran Hotel Central, administrado por don Guillermo Ehrman, en el Parque de la Catedral.

PAGINA

analítica
TITN 119727

ROMANCE DE JUNIO

por GEMA ENDARA PEÑAHERRERA.

Junio: airecito tibio
esparcido por el mundo.
Qué fuego vas encendiendo
con el correr de tu gusto,
que se han dorado los días
con oro de rizos rubios
y están los sueños ardiendo
contagjados de lo tuyo?
Cómo han crecido las tardes
con el amor de tu arrullo
y han florecido los vientos
en tu cálido refugio.
Las estrellas cantan claro
el coro de tu nocturno
y es un tesoro plateado
tu radiante plenilunio.

Las hogueras de San Juan
dibujan mágicos puntos
sobre el telón de la noche
del veinticuatro de junio.
Las luces que vas prendiendo
le servirán de preludio
al jugueteón del verano
para sentirse seguro.
Junio: a volar se han dado
los pensamientos, sin rumbo,
por regiones silenciosas
donde vagan sueños puros.
Y es un poema sin letras
esta dulzura de junio:
claro sabor de las almas
regándose por el mundo.

analítica
TITN 119729

A LA TORRE DE PANAMA LA VIEJA

por JULIO FLORES

I

Fuente de inspiración para el aeda
que clava en tus escombros la pupila,
eres, oh torre! Tu vejez tranquila
da al verso lustre y suavidad de seda.

Ya de tus esplendores nada queda;
y la muerte, que todo lo aniquila,
hoy en tus muros su guadaña afila;
tu polvo cae y por los campos rueda.

El mar te va acercando poco a poco
sus azules y móviles colinas,
triste, impaciente o de coraje loco;

y, únicas compañeras de tus ruinas,
siempre que apaga el sol su inmenso foco,
van tu pena a llorar las golondrinas.

II

Cuencas sin luz de monstruo corpulento
dan paso tus ventanas a la brisa
que al sentir tu mudez huye de prisa
lanzando al alejarse hondo lamento.

Ella que disfrutaba del momento
matinal y sonoro, en la precisa
hora que tu esquilón llamando a misa
desparramaba su bronceo acento,

al contemplarte así casi deshecha,
bajo un montón de líquenes y lianas
y abatido el orgullo de tu flecha,

se lamenta al pasar por tus ventanas,
y cómo no ha de lamentarse, si echa
de menos el clamor de tus campanas.

POETICA

III

*Tu mole fantasmal de piedra bruta
rota por el cincel del tiempo, yergue
su lacerada rigidez, albergue
del gran capuz que tu interior enluta.*

*El mar ama tu paz; preciosa gruta
le finges cuando en sueños te sumerges
y él se goza lanzándote el asperges
de su espuma volátil e impoluta.*

*Terco el Ponto sus líquidas sabanas
arrastrará hasta ti con sus arenas,
y ante el oro de límpidas mañanas*

*y de tardes purpúreas y serenas,
allí donde tronaron tus campanas
desgranarán sus risas las sirenas.*

(Julio Flórez, "ORO Y EBANO",—Editorial A B C.—Bogotá.—1943.—Páginas 11 a 18).

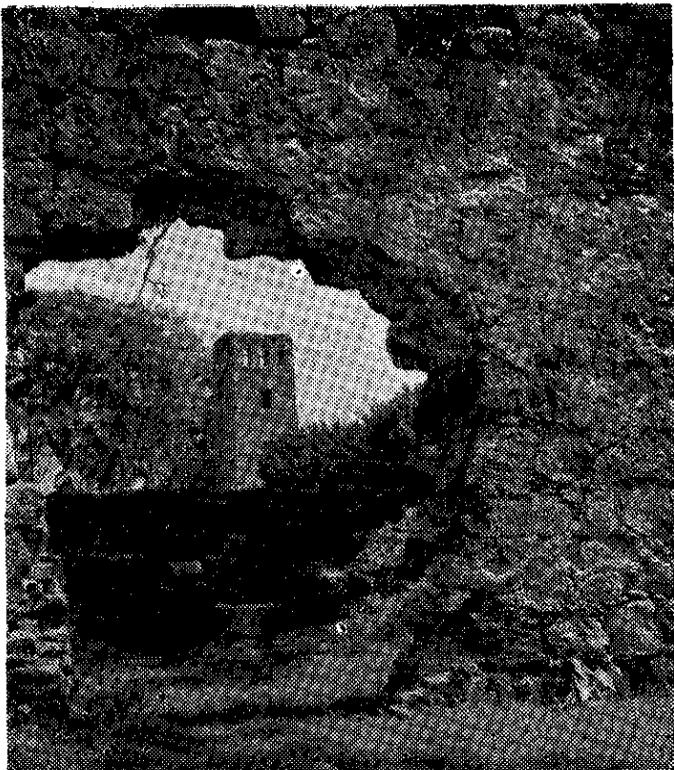
IV

*Y la hora vendrá de tu agonía:
bajo los besos del cristal triunfante
en un siglo..... talvez en un instante
te desharás con tu melancolía.*

*Entonces disgregada en la sombría
soledad oceánica, delante
del hombre no serás, ni en la distante
tierra se acordarán que fuiste un día.*

*En vano tus aladas compañeras
abandonando la quietud del monte
buscárante en las aguas plañideras;*

*y será inútil tu reclamo tierno
porque al escudriñar el horizonte
no verán más que el mar.... el mar eterno!*



VIEJA PANAMA

...y el 24 de febrero los piratas
abandonaron las ruinas...

por RAFAEL HELIODORO VALLE

Para SAMUEL LEWIS Jr.

*Aquí escribió con fuego en la postdata
su mensaje en palacio y en vivienda,
Morgan, el demoníaco pirata,
el del tesoro y el de la leyenda.*

*El mar, qué mar! La brisa, qué estupenda!
La tarde es nave inmóvil de oro y plata,
y en las espumas ya dejó su ofrenda
de jazmines la luna timorata.*

*Pero la torre en pie—la torre hispana—
ante la cruel desolación se ufana
de haber hablado en bronce y oro puro;*

*y con sólo pasar por esta prosa
tu recuerdo es orquídea milagrosa
que ha florecido sobre el viejo muro....*

*anotación
7/11/1973*

YO SE QUE VOLVERAS

por JOSE GUILLERMO BATALLA

analítica
1770 107434

Yo sé que volverás! Nuestra ruptura
no causó duelos ni dejó roncores.
De nuevo en el jardín de mis amores
ha de brillar el sol de tu hermosura.

Nuestro idilio fue más que una aventura
de esas que nacen de entre los calores
de un capricho sensual. Tuvo fulgores
de noble inspiración nuestra ternura.

Yo sé que volverás, cálida y pía,
a refundir en la existencia mía
todo el rico metal de tus encantos.

Tú serás como el pájaro viajero
que torna a hacer su nido en el alero
a cuya sombra moduló sus cantos.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE de ENERO a JUNIO de 1945

Fecha	Sorteo	Primero	Segundo	Tercero
ENERO 7	1346	1637	3761	4147
" 14	1347	1058	8091	2690
" 21	1348	8664	1974	7980
" 28	1349	4944	5259	3747
FEBRERO 4	1350	0338	7978	7564
" 11	1351	0756	1521	3364
" 18	1352	0298	3686	3420
" 25	1353	0620	0918	8703
MARZO 4	1354	6176	0898	0581
" 11	1355	8502	9617	0762
" 18	1356	4444	3651	6523
" 25	1357	9133	1981	6218
ABRIL 19	1358	6986	2558	3357
" 8	1359	7509	9910	4251
" 15	1360	1599	2727	1491
" 22	1361	9410	8720	7404
" 29	1362	8231	3561	5667
MAYO 7*	1363	1648	2975	5592
" 13	1364	8440	2239	4756
" 20	1365 (Ext.)	1969	1952	6262
" 27	1366	4556	6698	1146
JUNIO 3	1367	7803	1428	2541
" 10	1368	6892	5665	1676

(*)—El domingo 6 de Mayo no se efectuó el sorteo debido a las elecciones para miembros de la Constituyente.

EL ARTE EN PANAMA

por NARCISO GARAY

LA PINTURA

En relación con la historia de la pintura en Panamá, conviene observar que algunos de los nombres que a continuación menciono corresponden a personas que no nacieron en el Istmo, pero que por haber residido largo tiempo en él contribuyeron a formar el ambiente artístico local. Por lo demás, el caso no es nuevo. En la historia del drama musical, por ejemplo, la escuela francesa reivindica para sí los nombres de Lulli, Gluk y Meyerbeer, florentino el primero, tudescos los otros dos, a quienes su origen extranjero no impidió ser los fundadores y reformadores de la ópera nacional francesa.

En el año de 1870 llegaba a Bogotá armado de su paleta y pinceles, Epifanio Garay, padre del que esto escribe. Residió largos años en el Istmo y puede decirse que escribió en el lienzo más de treinta años de nuestra historia local. De los diversos géneros que comprende el arte de la pintura, el único que permite a un artista de nuestros países ganarse el sustento es el retrato, y en ese ramo se especializó mi padre adquiriendo en él, desde temprano, sorprendente maestría. Largo sería enumerar los personajes importantes de Panamá que desfilaron por su estudio en calidad de modelos y la sesión de Bellas Artes de la Exposición Nacional ilustró su obra artística en Panamá mejor de lo que pudieran hacerlo estas líneas, necesariamente cortas.

Según lo que mi padre nos refería en sus conversaciones de sobremesa, antes de su venida al Istmo las familias de Panamá se surtían de retratos en casas manufactureras del exterior. Los deudos difuntos eran perpetuados en el lienzo gracias a los buenos oficios de la casa Vienot, de París, y otras similares, las cuales mediante una retribución fija ampliaban cualquier fotografía que se les remitiera y enviaban a vuelta de correo, enmarcado en flamante marco dorado, un lienzo lavado y sonrosado, suprema negación del arte y de la vida, que hacía las delicias de su clientela de ultramar. La devoción religiosa de los panameños no estaba en aquellos tiempos mejor servida, aun cuando los mercados se hallaran más a mano. Las iglesias adornaban sus altares y muros con episodios de la Historia Sagrada transportados al lienzo por Salas y otros pintores de la escuela de Quito que no le iban

en zaga a Vienot y sus colegas de las manufacturas parisienses en tersura de empaste e inverosimilitud de tintas. La llegada de mi padre al Istmo comenzó a introducir en nuestros salones, si no en nuestras iglesias, el culto de la naturaleza y la noción de la verdad en el arte.

William Le Blanc, apreciable paisajista oriundo de Francia, residió en el Istmo la mayor parte de su vida y contribuyó a propagar en torno suyo entusiasmo y afición por su arte predilecto. Muchas de sus obras perecieron quemadas en el fuego de Malambo.

Panameño de nacimiento fue Wenceslao de la Guardia, inteligente artista que llegó a exponer obras suyas en París, en el Salón de los Artistas Franceses. Avaro de su talento y esquivo de su persona, el señor de la Guardia no ha legado a nuestra ciudad un solo brote de su pincel. Abandonó desde edad temprana su tierra natal por la de Costa Rica, donde hace muchos años fundó un admirable hogar, pero la República se contenta con ser su cuna y haber compartido sus pasadas glorias.

El único pintor panameño que ha hecho del Arte una carrera sobreponiéndolo a todo y formando luego escuela entre los suyos, es Roberto Lewis.

En 1904, a raíz de haberse exhibido en el Salón de París su cuadro *L'homme qui rit*, escribí en el Heraldo del Istmo un ensayo biográfico que ante todo fué una manifestación cariñosa de compañerismo y amistad. A esa página me refiero hoy para pormenores. (Véase revista "Lotería" número 40, Septiembre de 1944).

Posteriormente a ese éxito, Lewis dió a luz su obra más importante desde el punto de vista de ejecución, la concepción y el desarrollo: las pinturas decorativas del Teatro Nacional (plafón, foyer, telón de boca y telón de entreactos). Todo Panamá ha desfilado ante ellas y admirado el talento del autor. Por último, la tacha de egoísmo a que los artistas difícilmente nos sustraemos, Lewis la ha repelido victoriosamente regresando a su país hace años a iniciar a sus conterráneos en los misterios de la luz y la línea. La Escuela de Pintura, institución artística que hace honor a la Administración del Dr. Belisario Porras, era una necesidad cuya satisfacción hacía cada día más apre-

mante el progreso de nuestro país. Ella ha brindado al artista la ocasión de saldar con creces sus obligaciones morales para con la patria.

Honorables esfuerzos en pro de la cultura artística y recomendables ensayos prácticos en el arte de la pintura forman en esta galería el valioso haber de nuestro compatriota Sebastián Villalaz, pintor, periodista, literato y abogado.

Villalaz se mantuvo fiel durante muchos años a su condición de hombre universal, hasta que en Bocas del Toro colgó la paleta y ahorcó los pinceles consumiendo en aras de la United Fruit Co. los nobles entusiasmos en que antaño ardiera por el arte de Leonardo y Rafael... ¡él que tanto me reprochaba el abandono del violín!

La muerte prematura de Angel M. Aguilar tronchó en flor una esperanza de la pintura nacional. Muestra harto prometedora de su potencialidad artística fué la exposición de sus obras que abrió en esta ciudad en 1911, durante su última estada en Panamá.

La escultura y el grabado istmeño caben declinarse, como ciertos casos latinos por caret. La arquitectura de la época colonial sí ofrece material para una interesante monografía que no tengo el espacio ni la competencia necesaria para escribir.

LA MUSICA

Para proceder con método en este capítulo, conviene clasificar previamente los diversos géneros de música cultivados desde tiempo inmemorial en Panamá, a saber:

- a) la música popular y de baile,
- b) la música de salón y de concierto,
- c) la música de iglesia y
- d) la música de teatro.

Es imposible establecer una demarcación absoluta entre estos diferentes géneros musicales, como se verá más adelante; pero la clasificación adoptada es indispensable para la claridad de la exposición.

Música popular y de baile.

No siendo éste un manual de folklore, no caben aquí disquisiciones extensas sobre las tonadas populares de Panamá, llámense ellas tamboritos, mejoranas, pindines, puntos o salomas; pero a las personas que ven incompatibilidad entre el culto de la música clásica y el gusto de la música popular, me bastaría recetarles ciertos párrafos de un discurso que escribí en 1911 y pronuncié el 3 de Noviembre de aquel año en mi carácter

de profesor del Instituto Nacional. Enemigo de las auto-citas, refiero a los curiosos a la edición de "La Estrella de Panamá" del 4 de Noviembre de 1911.

En el año de 1915, las fiestas del Carnaval nos trajeron un verdadero resurgimiento del espíritu popular, exhumándose reliquias históricas tan olvidadas como la danza del rey Montezuma que en todos los panameños despierta recuerdos de la infancia y renueva tradiciones remotísimas. Un bello día de Carnestolendas, cuando el séquito abigarrado de los Montezumas rendía pleito homenaje a la simpár María Esther I, Reina del Carnaval de 1915, de una las ventanas de mi casa pude seguir el plan, nudo y desenlace de ese interesante poema dramático, musical y coreográfico, en que el verso, el canto y la danza hacen recordar sensiblemente los *Jeux-partis* de Adam de la Halle, el trovero de Arras, y de otros músicos-poetas de la Edad Media que preparaban ya en sus farsas, misterios y *juegos partidos* la gestación de la comedia y el drama popular.

Estas representaciones a domicilio de ciertos episodios de la vida de Montezuma eran antes clásicas en Panamá, y de ellas hablan aun con no disimulada admiración ciertos ancianos de nuestro pueblo para quienes Señor Manuel Chiquito y Luis Congo eran algo así como el Caruso y el Titta Ruffo del género. Hay que confesar, sin embargo, que en aquellos días de patriarcal sencillez la lírica istmeña rayaba a más noble altura que hoy. Entre las estrofas sentimentales del rey Montezuma, con su música fácil y cadenciosa, y las recientes creaciones de la musa carnavalesca—"Ron inglés, que te llama la Señora", "Coge el pandero que se te va", etc.—la comparación no es dudosa.

A este mismo capítulo corresponde la música de baile, como parte integrante del arte popular. La creencia de que al arte popular es el producto inconsciente y colectivo de la actividad estética del pueblo, es un viejo sofisma como otros tantos en que descansa complacida la humanidad. Las tonadas populares que entre nosotros se transmiten oralmente de generación en generación y las piezas de baile destinadas al solaz de clases sociales más elevadas, tienen generalmente los mismos autores; pero en el último caso el compositor trata de sobrepujarse a sí mismo ennobleciendo su inspiración y fijándola por escrito.

Comprendo aquí bajo la denominación de música de baile, toda aquella en que el ritmo, elemento primordial de la música, de-

sempeña función preponderante con detrimento de elementos menos sensuales. Las marchas y otras piezas que propiamente hablando no se bailan, entran también, por su naturaleza rítmica, en la misma categoría, y en este sentido puede afirmarse que en Panamá nunca se ha compuesto otra clase de música.

El primer compositor de este género que menciona la tradición fué el célebre guitarrista Porras, denominado el Maestro. Vivió al rededor de 1830 y fué el profesor obligado de las damas panameñas en una época en que el piano-forte era desconocido en el país y la guitarra reinaba sin rival.

Otro compositor nacional, Miguel Iturrado, mejor conocido por el apodo de "Pagani-ni", compuso *Las Brisas del Mensabé*, vals que todavía figura en el repertorio corriente. Iturrado era un hijo del pueblo cuya irresistible vocación por la música movió a don Ramón Díaz del Campo a enseñarle el violín por allá en 1840. Don Ramón aprendió a tocar el violín en Europa, donde vivió algunos años, e introdujo a Panamá el admirable instrumento con que en aquella época electrizaba las masas el mago genovés cuyo nombre usaron los panameños como apodo de su primer violinista.

Arturo Dubarry, hijo de padre francés, obtuvo en su propio hogar una educación más esmerada que los anteriores, sobre los cuales poseía una indiscutible superioridad. Su repertorio de valeses, pasillos, danzas y marchas es numeroso y no ha perdido un átomo de su encanto para el gusto nativo.

Hacia 1880 vino de Cuba Lino Boza e hizo del Istmo su segunda patria, en la cual murió. Trajo consigo a su hijo Pablo, quien se hizo ciudadano panameño, y a su sobrino Máximo Arrates, mejor conocido por el apodo de Chichito (el autor del PESCAO), ambos compositores, como él, de valeses, danzas, marchas y pasillos.

En 1889 llegó de España Santos Jorge A. y se aplicó sin pérdida de tiempo al cultivo de las formas danzantes gratas al oído panameño, siendo muchas las danzas, marchas, valeses y pasillos con que ha acrecido el repertorio local. Al proclamarse al independenciamiento de Panamá, en 1903, compuso nuestro Himno Nacional, circunstancia que le hace digno del recuerdo.

Entre los compositores panameños no profesionales, descolló de 1870 a 1900 don Rosendo Arosemena, autor de los valeses *Canal*

de Panamá y *Las Aguas de Leteo*, de los cuales hizo una lujosa edición.

Si de los compositores pasamos ahora a los ejecutantes, habrá que citar en primera línea a los mismos autores ya mencionados, quienes en la mayoría de los casos actuaban como sus propios intérpretes. Es de recordar, por último, el nombre de Atanasio Acuña de apodo Nacho—platero de profesión y violinista en sus horas perdidas.

Música de Salón y de Concierto.

Si en las mocedades del maestro Porras no se conocía en Panamá el piano ni el violín—cuyo puesto en los salones ocupaba la todopoderosa guitarra—allá por los años de 1830 poseía ya el primer piano doña Carmen Pérez de Jiménez, quien aprendía a tocarlo bajo la dirección del propio maestro Porras, suficientemente músico para enseñar un instrumento cuya técnica no poseía. A su turno, doña Carmen enseñó las primeras notas a su sobrino Luis Chiari, asegurando por ese medio la continuidad del estudio del piano en Panamá.

En 1861 don Luis emprendió viaje a Alemania, donde permaneció dos años estudiando el piano, y desde su regreso en 1863 hasta su muerte, se dedicó a enseñar. Su hoja de servicios abarca un período de más de medio siglo durante el cual hizo por nuestra cultura musical un trabajo que solo pueden apreciar los que conocieron a Panamá en 1860. Todo Panamá fue discípulo suyo, incluso el suscrito en 1888.

Entre los no-profesionales, distinguéronse como hábiles pianistas panameños en la segunda mitad del siglo pasado don Víctor Plisé, hijo, y don Buenaventura F. Hurtado.

En la época del auge de los trabajos del Canal francés, observóse en Panamá un vigoroso florecimiento del gusto por el piano que personificaron, entre los hombres, los hermanos Tadeo y Ricardo Planas, panameños, el Dr. Antonio Serpa, cubano, el Dr. Carlos Hoheb, portorriqueño, y el señor Carlos Mouynés, francés, y entre el bello sexo, las señoritas Raquel Arango (hoy señora de de la Guardia), Matilde Obarrio (hoy viuda de Mallet), Dolores H. Arosemena y Nicolle Garay. Las señoritas Julieta Heurtematte, francesa, y Mercedes Aycardi, colombiana, impulsaron también con su afición y ejemplo el progreso del arte del piano en Panamá. Hacia esa misma época dieron brillantes conciertos a su paso por el Istmo el Capitán Voyer, pianista francés, y Emilio Pons, brasilero.

Los señores Arturo Kohpcke, Cónsul del

Imperio Alemán en Panamá, y R. B. de Saint Malo, Cónsul del Reino de Suecia, ejercieron durante más de cuarenta años la influencia más decisiva sobre el desarrollo del gusto por el violín en Panamá, de tal modo que si no resultase inconveniente trastocar los sexos en el lenguaje figurado, los llamaría las dos Vestales. Del primero de ellos recibí lecciones de violín en 1887 y de ambos consejos y estímulo hasta 1890. Al ejemplo de ambos se debe que no prevaleciera entre nosotros la afición por las insustanciales "estudiantinas", deleite en un tiempo de nuestros elegantes de ambos sexos. Los virtuosos violinistas de tránsito por el Istmo en los buenos tiempos del Canal francés fueron: Manuel Arias Hidalgo, panameño, radicado en el Sur del Continente; Juan Manen, español y Brindis de Salas, cubano.

Al tratar del canto en Panamá, debo reanunciar de nuevo a mi padre, personificación del arte vocal en el Istmo hasta 1888, cuando compartió el cetro con la señorita Ofelia Plisé, panameña, quien regresaba a su tierra tras una ausencia de muchos años. Elementos apreciables en el cultivo del canto entre nosotros fueron también el Dr. Antonio Serpa, ya mencionado y el Padre Martino, Cura de la Parroquia de la Merced.

Quedaría trunca esta reseña de los concertistas instrumentales del Istmo si en ella se omitiera el nombre de Arturo Dubarry, flautista de talento, ya citado, con elogio entre nuestros compositores nacionales. Antes de su muerte fué profesor de instrumentos de vientos en el Conservatorio Nacional de Música.

Música de Iglesia.

En las grandes novenas y misas cantadas que mi venerada abuela Nicolasa Remón de Díaz consagraba y costeara con el sudor de su frente a la gloriosa Virgen de las Mercedes en la iglesia del mismo nombre, desempeñaba, como es natural, papel importantísimo la parte musical. Me refirió mi madre que allá por los años de 1860 esta música la suministraban Santos Benítez, organista, Víctor Dubarry, padre, chantre, Valentín Bravo, entusiasta aficionado al canto sagrado y, Miguel Iturrado, violinista, quienes formaban algo así como el Estado Mayor de la música eclesiástica en la ciudad. La *Capilla* vocal e instrumental que yo conocí en mi niñez era ya distinta: Serafín.

el ciego, era único chantre y organista, Atanasio Acuña, alias Nacho, violinista, y Arturo Dubarry, flautista. A la llegada de Santos Jorge al Istmo, éste asumió las funciones de chantre y organista de la Catedral.

Bajo el episcopado del Illmo. Javier Junquito, Prelado de esta Diócesis desde la fundación de la República hasta 1910, la música eclesiástica se sustrajo a la ley general de progreso a que las manifestaciones de la vida musical en Panamá no pudieron resistir; excepción incomprensible en un Prelado que amaba la música sagrada porque la comprendía y la ejecutaba.

Música de Teatro.

Desde que se toca el capítulo del Teatro de Panamá, la necesidad de consultar a Don Carlos Cucalón, autoridad por excelencia en la materia, se impone. Su memoria era un archivo viviente donde todo lo relacionado con la historia teatral del Istmo se encuentra cuidadosamente catalogado y clasificado por orden cronológico, con expresión de lugares, fechas y circunstancias. Empero, de los copiosos datos obtenidos de fuente tan fidedigna, solo me es posible utilizar los que por referirse a Compañías de ópera, opereta y zarzuela tienen relación directa con el progreso de la música entre nosotros.

Las primeras Compañías de zarzuela de que tiene recuerdo el señor Cucalón fueron: la de Saturnino Blen, que actuó en las ruinas de la Iglesia de Santo Domingo en el año de 1861, y las de Palou y Palmada, que trabajaron sucesivamente en el mismo local en el curso de 1862.

De mi tiempo fueron ya las de Aleman y Monjardín, que trabajaron en el Teatro de las Monjas en 1887 y 1888. Al mismo teatro vino poco después una Compañía de ópera francesa de que hacían parte las señoras Vallé y Narbonnet y los señores Serack, Genevois y Castelmery, con Mascheroni como director de orquesta.

He querido pasar revista someramente a las manifestaciones históricas de la música en Panamá bajo sus diferentes aspectos, porque así he obtenido la imagen bastante fiel de las condiciones ambientes en materia de cultura musical antes de proclamarse la República.

UN EPISODIO DE MI VIDA (1866)

por VICTOR GUARDIA

Algunas personas me han pedido con insistencia un relato de mi expedición al Istmo en 1866, expedición que hizo cierto ruido en aquel tiempo en Costa Rica y a la cual se atribuyó un alcance político que en realidad no tuvo. Sólo por complacer estos deseos y de ninguna manera por hacer alarde de hechos pasados voy a sacar esta página de las breves memorias que dejó, para que sean publicadas algún día después de mi muerte.

A fines del año 1862 llegaron aquí numerosas familias istmeñas, que venían huyendo de las persecuciones de los liberales, que acababan de adueñarse del poder, derrocando al gobierno conservador. Entre ellas estaban varias con las cuales me hallaba emparentado muy de cerca y eran cabalmente las que más habían tenido que padecer después de la muerte del Presidente de Panamá don Santiago de la Guardia, padre del actual Representante del Istmo en Costa Rica (1) que pereció el 19 de agosto de 1862, al terminar el combate de Río Chico, en el cual había logrado vencer. Las quejas vehementes de mis deudos, la narración de las tropelías de que habían sido víctimas y más que todo la muerte trágica de mi primo don Santiago, me causaron honda impresión; y como entonces sólo tenía treinta y dos años y estaba lleno de entusiasmo guerrero y muy ufano de mis presillas de jefe, ganadas en el campo de batalla de Rivas el 11 de abril de 1856, les prometí acompañarlos y ayudarlos el día en que fuesen a vengar la sangre de nuestro pariente.

Pasó tiempo, y estaba ya muy lejos de mi memoria la promesa hecha en un momento de legítima indignación, cuando en marzo de 1866, hallándome en las vegas del río de Las Piedras, jurisdicción de Bagaces, empeñado en el cultivo de un campo de algodón cuyo precio, a consecuencia de la guerra civil en los Estados Unidos, había subido mucho, vino a sorprenderme una carta de mis primos don Manuel y don Eduardo de la Guardia, en la que me recordaban mi ofrecimiento y me indicaban que era llegado el momento de cumplirlo. En esa misma carta, fechada en Alajuela, me decían que se fraguaba una

conspiración en Panamá de acuerdo con ellos, con el objeto de echar abajo el gobierno existente. Me pedían, además, que fuese a esperarlos en Puntarenas llevando algunos hombres de mi confianza.

No vacilé un momento en cumplir un deber que consideraba sagrado y abandonando mi empresa me trasladé a Puntarenas con ocho hombres seguros, de los cuales recuerdo al capitán Roque Lara y al teniente Gaspar Apú. En el puerto me junté con los señores Guardia y con don Francisco de Fábrega, suegro que fué de don Santiago de la Guardia y persona de gran respetabilidad y prestigio en todo el Istmo. Venían con ellos también seis hombres escogidos de la provincia de Alajuela. Nos embarcamos en el primer vapor que pasó, arribando a Panamá a fines de marzo. Llegados allí, los catorce hombres que nos acompañaban pasaron como jornaleros destinados a trabajar en las haciendas que los señores Guardia poseían en Veragua; y mientras éstos se ponían al habla con sus amigos y demás personas que preparaban la revolución, me oculté con los costarricenses en una casa llamada de San José.

Gobernaban entonces en Panamá los liberales y presidía el Estado un señor Calancha. La revolución, aunque fraguada por los conservadores, contaba con el apoyo de elementos importantes del partido contrario, y se había convenido en llevar al poder a un liberal para obtener así la sanción indispensable del gobierno federal de Bogotá. Entre las personas más prominentes comprometidas en el movimiento, figuraban un señor Arias y D. Gil Colunje, debiendo ser este último proclamado Jefe del Estado.

El plan era el siguiente: el gobierno federal colombiano tenía situado en Panamá, para garantizar la libertad del tránsito, uno de los mejores batallones de su ejército, el batallón Tiradores. Muchos de los oficiales de este batallón habían sido ganados por los conspiradores y consentían en pronunciarse; pero a condición de que fuese capturado previamente su jefe, el coronel Soto, a quien decían ellos que los soldados obedecerían ciegamente en cualquier lance y sobre el cual se negaban a poner las manos. Yo me encargué de apresar al coronel Soto.

Zanjada así esta primera dificultad, se acordó dar el golpe sobre la marcha; y con

(1) El general don Santiago de la Guardia y Fábrega.

pretexto de que se hallaba en Panamá un jefe militar costarricense que deseaba presentar las evoluciones del batallón, lo sacaron los oficiales del cuartel de Chiriquí, lugar de su residencia, a maniobrar en la Plaza Principal. Formado el batallón en esta plaza, los oficiales proclamaron Presidente a D. Gil Colunje. Inmediatamente me dirigí con cuatro de mis hombres, armados de puñal, a la casa que habitaba el coronel Soto, quien teniendo ya noticia de la sublevación venía bajando apresurado las escaleras, seguido de un hijo suyo y de un ayudante. Al encontrarme con él le puse el revólver en el pecho y le mandé rendirse; otro tanto hicieron los que me acompañaban con el joven Soto y el ayudante, amenazándolos con sus puñales. Ninguno opuso resistencia y conduje a los tres a una casa preparada de antemano, donde los dejé custodiados por mis cuatro hombres. Esto pasó a eso de las cuatro de la tarde del día 28 de marzo de 1866.

Los principales cabecillas de la sublevación fueron los hermanos Vallarino, capitanes ambos. Uno de ellos, Carlos, fué quien tomó el mando superior del batallón, reducido por circunstancias especiales a sólo trescientas plazas. Sin pérdida de tiempo se destacó una compañía con orden de atacar la Casa Presidencial que estaba defendida por una guardia de cincuenta hombres. La casa fué tomada por asalto; pero el Presidente Calancha no pudo ser hallado, porque logró escapar por los tejados vecinos y esconderse en una casa particular. Al mismo tiempo que salía la compañía destinada a apoderarse de la Casa Presidencial, el resto del batallón se dirigió a la plaza de Santa Ana, contigua a la puerta de las murallas que conduce al Arrabal, donde había un cuartel defendido por cuatrocientos negros partidarios de Calancha. Por otro lado corrieron algunos de los nuestros a proveerse de armas en el almacén de un extranjero, cuya entrada había sido forzada de acuerdo con él, porque era amigo secreto de la revolución.

Cumplido mi compromiso de apresar al coronel Soto, me encaminé a la plaza de Santa Ana a reunirme con el batallón sublevado. Al pasar por el Cuartel de Policía, donde había unos doce o catorce hombres, los vi tan asustados, que resolví meterme allí e intimarles rendición, lo que efectuaron en el acto, sin intentar la más pequeña resistencia. Continué mi camino y llegué a la plaza de Santa Ana, donde estaba el batallón combatiendo con los negros del Arrabal, los cuales ocupa-

ban el cuartel y parte de la muralla. Al verme, los señores Vallarino se acercaron inmediatamente a mi para consultarme sobre la situación que ellos juzgaban difícil y comprometida, por la ventajosa posición que ocupaba el enemigo. Opiné que debía hacerse un ataque rápido y audaz, confiado en que si bien nuestras tropas eran inferiores en número, superaban en mucho a los negros por su disciplina y valor, pues se componían de soldados de línea, veteranos y aguerridos. Los dos Vallarino aprobaron en un todo mi plan, y como el batallón estaba desplegado en guerrilla, lo hicieron concentrarse con un toque de corneta. En seguida fué fraccionado en tres columnas de ataque. Cada uno de los señores Vallarino se puso al frente de la suya y yo de la tercera. A continuación y simultáneamente nos lanzamos a paso de carga sobre el enemigo, tocando las cornetas a güello. Este movimiento, ejecutado con gran audacia por aquellos soldados inmejorables, fué de un efecto irresistible. Los negros huyeron despavoridos en dirección al cuartel, arrastrando en su fuga a los que lo defendían, de manera que lo ocupamos sin mayor trabajo.

Después de su derrota, los negros fueron a refugiarse en una multitud de casas quemadas del Arrabal, destruidas anteriormente por un incendio, y en ellas se atrincheraron. Resolvimos entonces dejar una guardia en el cuartel que acabábamos de quitarles, y regresamos con el resto de la fuerza para atacar el cuartel de Chiriquí, adonde había quedado el segundo comandante del batallón *Tiradores* con la guardia de prevención y los enfermos. Después de un combate que duró hasta las nueve de la noche, el cuartel se rindió. Ocupado este cuartel por los nuestros, marchamos los capitanes Vallarino y yo con lo que quedaba del batallón a desalojar a los negros de las casas quemadas del Arrabal. Los tres fuimos obsequiados a la salida con magníficos caballos que nos fueron de mucha utilidad en el combate. Dividida la tropa en tres guerrillas, fuimos desalojando a los negros casa por casa, lo que nos tomó toda la noche hasta las cinco de la mañana del día siguiente. El caballo que yo montaba era un excelente animal que saltaba con facilidad por encima de las trincheras y tapias derribadas. Un sargento agarrado de una pistolera, y un cabo asido de la cola del caballo, saltaban de esta manera conmigo y no me desampararon en toda la noche.

Al amanecer del día siguiente la revolu-

ción estaba triunfante, D. Gil Colunje fué proclamado Presidente y se organizó el nuevo gobierno. Los dos Vallarino y yo fuimos ascendidos a coroneles, y varios otros oficiales recibieron igualmente grados. Dos días después se me extendió el nombramiento de comandante militar del Departamento de Veragua, con encargo de irlo a someter, para lo cual me dieron un piquete de veinte hombres; tarea fácil, a pesar de lo exiguo de la fuerza, yendo como iba acompañado de don Francisco de Fábrega, persona que gozaba allí de un prestigio muy grande. Sometido el Departamento de Veragua, regresé a Panamá, de donde se me llamó para enviarme en calidad de prefecto y comandante de Penonomé. Partí en seguida a ocupar este puesto y en él permanecí algunos meses, después de los cuales determiné volver a Costa Rica, por las razones que voy a exponer a continuación.

Mis parientes, autores principales de la revolución, no estaban satisfechos de sus resultados; porque habiendo sido preciso llevar a un liberal al poder, no encontraban el camino expedito para sus justas reivindicaciones por los daños recibidos en 1862. A esto se añadía que el gobierno de Bogotá miraba de reojo lo que pasaba en el Istmo y esto era una amenaza. Por otra parte, los amigos de Calancha se agitaban en secreto y preparaban el desquite. Viendo, pues, que mi presencia ya no tenía utilidad para mis primos y deseoso de regresar a la patria, envié a Panamá mi renuncia, que fué aceptada, y se nombró para reemplazarme a un coronel Casanova. Algunos días después supe que había llegado al puerto de Agua Dulce una embarcación que se dirigía a Panamá, y resolví aprovecharla para mi viaje.

Llegó el día de la salida y ya montado a caballo pasé a despedirme de Casanova, que me hizo apearme y me obsequió con una copa. Tomándola estábamos cuando llegó corriendo a caballo don Salomón Ponce, con la noticia de que quinientos negros del Arrabal, liberales, bien armados y al mando de un señor Olazagarra, acababan de llegar al pueblo de Antón y venían sobre la ciudad de Penonomé, para seguir luego a la Villa de los Santos, donde debían reunirse con 300 caucanos que allí habían llegado, traídos por los enemigos del gobierno de Colunje para derrocarlo. Después supimos que había tenido lugar una revolución de los amigos de Calancha en Panamá, pero que había fracasado; por lo que ahora intentaban apoderarse del interior del Istmo. Al oír esta noticia, Casanova me supli-

có que no le abandonase, diciéndome que por más que ostentaba el grado de coronel, nada tenía de militar. Consentí en quedarme, tanto por ser consecuente con la causa que servía, como porque no pudiesen decir que huía del peligro.

Casanova recibió mi resolución con mucha alegría y en el acto escribió un despacho nombrándome comandante en jefe de las fuerzas que estaban a su mando, las cuales ascendían al número insignificante de cuarenta y siete hombres, incluyendo ocho oficiales. En seguida acordamos Casanova y yo replegar-nos a Natá, porque Penonomé carecía en absoluto de medios de defensa para hacer frente a un enemigo tan superior en número, mientras que en Natá contábamos con muchos partidarios y las condiciones eran allí mejores para organizar la resistencia. Además, al ocupar esta última plaza, nos proponíamos evitar la reunión proyectada de los negros con los caucanos que habían desembarcado en la Villa de los Santos, dando así tiempo para que el general Olarte, que venía con fuerzas de Panamá, pudieran batirlos separadamente.

Al llegar a Natá, ciudad donde nació mi padre don Rudesindo de la Guardia, establecimos el cuartel en una capilla abandonada, que llamaban La Soledad, y la puse inmediatamente en estado de resistir un ataque, para lo cual hice condonar las puertas laterales y construir en la del frente una trinchera interior, medio excelente para defender iglesias, que había visto emplear a los filibusteros yanquis durante la guerra de Nicaragua. Estaba situada esta capilla frente a una plaza pequeña; por los costados y con calle de por medio había casas, y por detrás una inmensa llanura que se extendía hasta el Río Grande, río caudaloso que tenía forzosamente que atravesar el enemigo para atacarnos, razón por la cual hice recoger todos los botes que pudiera aprovechar para esta maniobra y situé espías en la orilla. Contra lo que esperábamos no pudimos reclutar en Natá un solo hombre, porque todos habían huído a los montes al saber la llegada de los negros y los caucanos. Resolví entonces mandar un expreso a la ciudad de Santiago de Veragua, donde estaban reunidos unos doscientos hombres al mando de don Francisco Fábrega; hijo del otro don Francisco de quien he hablado anteriormente, para que vinieran a unirse conmigo, con el objeto de que todos fuéramos a atacar a Olazagarra que se hallaba acampado en Penonomé, pues no se había atrevido a avanzar sobre

Natá, creyendo que disponíamos de mayores fuerzas.

Fábrega me contestó que llegaría con sus tropas dentro de tres días, y en esta confianza dispuse todo para recibirlo; pero el día en que lo esperaba, me llegó una carta suya, haciéndome saber que no podía venir, porque había recibido aviso de que el enemigo marchaba hacia el pueblo de San Francisco de Calobre, donde pensaba atacarlo. Viendo entonces que mi posición en Natá era insostenible con tan escasas fuerzas, determiné irme a reunir a las que al mando del general Olarte marchaban contra los caucanos, acampados en un lugar llamado Las Brujas, y con este objeto ordené la marcha para el siguiente día a las cinco de la mañana. Desgraciadamente la víspera había desertado de nuestras filas un oficial llamado Ricardo Díaz, que uniendo la traición a la cobardía, se fué a Penonomé e hizo saber a Olazagarrá que sólo éramos un puñado de hombres. En el acto resolvió este jefe atacarnos y se puso en marcha sobre Natá. Llegado que hubo con sus quinientos hombres al Río Grande, logró hacerse de un bote en el cual pasaron algunos soldados que sorprendieron y apresaron a mis espías, pero uno de ellos, un sargento llamado Venancio, muy apegado a mi persona, consiguió escapar y llegó a darme el aviso. Mientras tanto el enemigo se apoderó de los botes que yo había reconcentrado y efectuó el paso del río.

Apenas tuve tiempo de hacer tocar generala, y cuando entraban los últimos de los míos al cuartel, ya se veía venir al enemigo por el llano, desplegado en guerrilla. Podrían ser entonces las dos de la tarde. Al llegar a la población se posesionó en el acto de las casas vecinas y abrió el fuego contra la capilla. Nosotros lo contestamos eficazmente por las ventanas, haciéndole numerosas bajas, por lo que no se atrevió a dar el asalto a la excelente trinchera que teníamos en la puerta, cosa que le habría costado muy caro. Es probable también que contase con que siendo nosotros tan pocos no tardaríamos en rendirnos. El tiroteo duró hasta la noche. A eso de las nueve el enemigo logró incendiar la capilla por la parte de atrás, lo que causó gran alarma a los míos; pero felizmente un aguacero de los más oportunos vino a apagar el fuego. Los negros hacían gran algazara y entre otras cosas me gritaban: ¡Coroné Guardia, vavos a bebá coñaque Jenesí (2) en el cráneo e su cabeza!

(2) Hennessy.

Como fracasara el incendio, nos gritaron que iban a volar la capilla con un barril de pólvora, y en efecto empezaron a sonar golpes de barra en la pared posterior. Al oír esto mi gente se acobardó mucho, por más que traté de convencerlos de que esto sólo era un ardid para obligarnos a rendirnos, como en verdad así lo creía. Al volar la capilla era casi seguro que saltaran también varias casas de la vecindad y no era creíble que el enemigo llegase a tal extremo. Viendo que mis razones no lograban reanimarles, reuní a los oficiales en consejo de guerra y les expuse claramente la situación, que era de las más apuradas, pues careciendo como carecíamos de víveres tendríamos que capitular muy en breve. Varios se manifestaron inclinados a hacerlo; pero yo que sabía perfectamente que iba a ser fusilado sin remedio y no quería que mi cráneo sirviera de copa a mis amigos los negros, combatí energicamente esta opinión y sostuve que debíamos romper la línea de sitio sin demora. No faltó quien dijera que esto era correr a una muerte segura; pero logré por fin hacer triunfar mi opinión y se acordó intentar la salida.

Para ejecutar este atrevido y arriesgado movimiento, formé la tropa a dos de fondo, poniendo un oficial detrás de cada seis soldados. Me coloqué a la cabeza de la columna y di el mando de la retaguardia a un capitán Vega, militar valeroso de toda mi confianza y veterano del ejército de Colombia. Recomendé mucho a la tropa que no perdiese en ningún caso su formación, pues se trataba de ejecutar un movimiento falso para engañar al enemigo. La rapidez y decisión de nuestra salida sorprendió a éste, que se replegó en el acto a las casas, después de hacernos unos disparos sin resultado. Inmediatamente contramarché hacia el cuartel como para refugiarme en él, pero en vez de entrar, seguí rápidamente a lo largo de una de las paredes laterales, a favor de la oscuridad; y una vez que llegamos a la llanura nos dirigimos al Río Grande, marchando con grandes precauciones que resultaron inútiles, porque el enemigo no se enteró de nuestra fuga hasta las siete de la mañana siguiente, después de haber pasado toda la noche haciendo disparos contra la capilla desierta.

A esas horas ya íbamos lejos, porque en la hacienda de un señor Rivera pudimos obtener caballos para los oficiales y los pocos soldados que aun nos quedaban. Los demás me habían pedido licencia para dispersarse y volver a sus casas. De la hacienda de Rive-

ra partimos para el puerto de San Carlos, adonde llegamos dos días después y allí pudimos embarcarnos en un bongo con rumbo a Panamá. Según me refirió después el general Olarte, mi plan de situarme entre las fuerzas de Olazagarrá y los caucanos para impedir que se juntasen, lo había salvado a él de una derrota; pues el mismo día en que fui atacado en Natá, tuvo Olarte un encuentro con los caucanos en Las Brujas, logrando derrotarlos, pero con mucha dificultad. De modo que si se hubiese verificado la reunión de ambas fuerzas, Olarte habría sucumbido de seguro.

Después de permanecer todavía algún tiempo en Panamá, regresé a Costa Rica, donde se dijo que mi expedición había contribuido al fracaso de las negociaciones entabladas por el doctor don José María Castro en Bogotá, para el arreglo de la cuestión de límites; pero esto es absurdo, porque el gobierno federal estaba perfectamente informado de lo acaecido en Panamá y sabía por lo tanto que el de Costa Rica era del todo extraño a mi ida allí, que sólo obedeció, como antes lo he dicho, a un sentimiento de cariño familiar y a mi afición por las cosas de la guerra.

analítica

TITN 119754

La Inicua Muerte del Gobernador Carlos Fábrega

por ERNESTO J. CASTILLERO R.

El 14 de noviembre de 1943 se cumplieron cien años de la lamentada e inicua muerte en Santa Marta (Colombia), de Carlos Fábrega, hijo primogénito del General José de Fábrega, Prócer éste de nuestra emancipación de España en 1821.

Carlos Fábrega, después de iniciarse en la vida pública en el Istmo como Gobernador de Veraguas en 1842, fue trasladado al año siguiente a la Provincia de Santa Marta en sustitución del General Joaquín Posada Gutiérrez, quien había sido promovido a otro cargo.

"De carácter áspero y agrío, dice Gustavo Arboleda en su *Historia Contemporánea de Colombia*, no se hizo querer de sus gobernados". Ya en el Istmo había dado muestras de una voluntad inflexible y de intransigencia con los enemigos políticos; cuando a raíz de la reincorporación del Estado del Istmo a la Nueva Granada, después de la secesión temporal de aquel en 1841, decretó varios confinamientos de personalidades panameñas que el Gobierno nacional amnistió luego.

Poco tiempo había de durar el gobierno de Fábrega en la tierra samaria porque la parca acechaba a su alrededor al amparo de motines y sublevaciones que eran en aquellos años proceder corriente en la Nueva Granada, todavía por desgracia en proceso de consolidación de la nacionalidad.

El relato del suceso que tuvo como culminación la triste muerte de nuestro compatrio-

ta, el Gobernador Fábrega, está tomado de las crónicas publicadas a raíz de la horrible tragedia. El hecho sucedió así: Acababa de pasar en la Nueva Granada la guerra de 1840 a 1842 sostenida por el General José M. Obando, que culminó con el triunfo del Gobierno, pero por desgracia el patíbulo se ensangrentaba con las represalias, las cárceles se llenaban de prisioneros y las playas extrañas recogían a los exilados, unos obligados por los vencedores, otros huidos voluntariamente pues preferían sufrir en el extranjero la sanción que pretendieron eludir en el terruño amado.

Entre los desterrados oficialmente en la isla antillana de Jamaica, se encontraba el Coronel Joaquín Riascos, Prócer de la independencia y nacido en Cali, padre de su homónimo, el General Joaquín Riascos, nacido en Chorrera, y que fue Presidente de Colombia. Sea que no soportaron el involuntario destierro, o sea que anhelaban una reivindicación política mediante una revolución, el caso es que el Coronel Riascos con los hermanos Labarcés (Agapito y Francisco), Ignacio Valle, Diego A. Noche, Nicolás González y otros desterrados por el Presidente, General Pedro A. Herrán, hicieron un desembarco el 10 de noviembre de 1843 en las costas de Santa Marta, de la goleta *Samaria* que los condujo desde Jamaica, y unidos en tierra con otros revolucionarios, promovieron un levantamiento en armas el día 12. Se encontraba en el pueblo

de Ciénaga, no lejos de Santa Marta, el Gobernador Carlos Fábrega en compañía de los Cónsules de Francia e Inglaterra, pasando el fin de semana pues esa fecha era domingo, cuando sabedor del levantamiento en Santa Marta, en compañía de los jóvenes Cristóbal Restrepo y Domingo Jimeno se dirigió a esta ciudad para restablecer el orden. Alguien insinuó al Gobernador dejar el camino real y tomar un trillo excusado, pero maliciando una celada en la insinuación, siguió adelante por la vía pública. A poco andar, una avanzada enemiga, sin previo aviso, hízole una descarga, resultando muerto Restrepo y el caballo de Jimeno. Este escapó a pie y el Gobernador regresó a Ciénega donde, sin embargo, fue aprisionado con otros individuos y el Jefe Político cantonal, Matías Sevilla, por Francisco Alvarez, cuñado del Coronel Riascos; se les amarró y con centinelas de vista quedaron reclusos en la iglesia de la población. Más tarde, a medio noche ya, Fábrega y Sevilla, con grillos en los pies, fueron conducidos a la casa de la señora Antonia González.

Los vecinos de Ciénega no secundaron, como esperaban los amotinados aquel movimiento por el pesar que les causó la muerte sorpresiva del joven Restrepo, a quien estimaban en alto grado. Por eso, cuando de Santa Marta, a donde por el trillo que Fábrega había desechado, llegaron avisos de los sucesos de Ciénega, salieron fuerzas leales a libertar al Gobernador, los revolucionarios huuyeron a las montañas, no sin antes cebarse en Fábrega y Sevilla a quienes hirieron, estando encadenados, y sin poder defenderse, de varios lanzasos. Cuando llegaron los leales, no sabiendo su comandante dónde estuviese su superior, gritó varias veces: ¡Viva el Gobernador. A este repetido grito Carlos Fábrega salió de la casa arrastrándose con los grillos y extenuado por sus cinco graves heridas y respondió: ¡Aquí está el Gobernador asesinado!

En la fragata de guerra francesa Gomer que estaba en el puerto de Santa Marta y que hicieron llegar hasta Ciénega, fue trasladado el 13 el Gobernador Fábrega a la capital, no así Sevilla quien se negó a ello y murió a poco. Fábrega, aunque recibió asistencia médica, expiró el día 14 igualmente de resultado de sus heridas.

El Gobierno nacional, al tener conocimiento de los sucesos de Ciénega y del fallecimiento del Gobernador Fábrega, exteriorizó su pena en un mensaje al sustituto y acordó

hombres a su memoria por el siguiente Decreto:

"Considerando: Que el ciudadano Carlos Fábrega, Gobernador de la Provincia de Santa Marta, ha muerto en servicio de la República, llenando decorosamente sus deberes; y que es justo dar una muestra del aprecio que el Gobierno y la Nación hacen de su consagración al sostenimiento del orden público: de acuerdo con el dictamen unánime del Consejo de Gobierno,

DECRETO: Artículo 1º El día cinco del mes entrante en la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta, se celebrarán exequias fúnebres a la memoria del finado Gobernador de la Provincia de Santa Marta, ciudadano Carlos Fábrega. El Poder Ejecutivo encomienda la solemnidad de esta función a la piedad y patriotismo del R. Obispo y del venerable Cabildo de aquella diócesis.

Artículo 2º. El día señalado para la celebración de las exequias, vestirán luto los empleados y funcionarios públicos de Santa Marta y harán asistencia de 2ª clase, conforme al decreto de la materia.

Artículo 3º. La fuerza armada que haya en la plaza de Santa Marta, hará el día de las exequias los honores militares que corresponden a un General con mando, que son los que por el artículo 31 de la ley 19 de mayo de 1834 se han atribuído a los Gobernadores.

Artículo 4º. La Gobernación de la Provincia dictará las órdenes convenientes para que la función decretada se haga con la solemnidad y pompa debidas.

Dado en Bogotá, a 10 de diciembre de 1843.

(fdo.) P. A. HERRAN.

El Secretario del Interior, (fdo.) Mariano Ospina".

Los grillos que aprisionaron a Carlos Fábrega, se afirma que son conservados en el Museo Nacional de Bogotá como recuerdo de su martirio en el cumplimiento de su deber.

La más dura sanción fue aplicada a los promotores de este conato de revolución. Gregorio Labarcés, Nicolás González y otros, fueron fusilados el 8 de enero de 1844; Ignacio Valle, el Coronel Joaquín Riascos y su cuñado Francisco Alvarez, subieron a su vez al patíbulo el 19 de febrero siguiente. Dícese que el Coronel Riascos, jefe del frustrado movimiento, se mostró débil en el momento supremo. Diego A. Noche y varios más fueron a su turno pasados por las armas el 9 de abril. Sólo

escaparon Agapito y Francisco Labarces, que vivieron cerca de cuatro años ocultos en los montes hasta que en 1847 obtuvieron un indulto del Presidente de la República, General Tomás Cipriano de Mosquera.

Los años pasaron y en el gobierno de la República se sucedieron otros hombres. Entonces vino la reivindicación a la memoria del Coronel Riascos. El 26 de junio de 1880, el

Congreso Nacional expidió la ley 44 en cuyos considerandos se hizo el recuento de las acciones de guerra a las cuales asistió dicho militar, en defensa de la libertad de la patria; se decretó su rehabilitación, se le declaró "mártir del sistema federativo" imperante entonces, y se asignó una pensión oficial para su viuda y su hija. Gobernaba el país el Dr. Rafael Núñez.

El Cuadro de la Santísima Trinidad en Natá

analítica
TITN 119761

(Destruyendo una tradición)

por MARIANO PRADOS

Las tradiciones adquieren con el tiempo carta de naturaleza que pasan como verdades históricas. Como son tejidas de labio en labio de nuestros antepasados, las guardamos con cariño y esa preocupación hace afirmar como verdad lo que está escondido con el velo de la duda. Tejidas bajo el misterio de la fantasía la tradición o la leyenda, prestan un gran servicio a la Historia: son a manera de faros, cuyos destellos alumbran el sendero de la investigación. Tal en el caso de la tradición sobre la paternidad del famoso Cuadro al óleo de la Santísima Trinidad de la Iglesia de Natá de los Caballeros.

En artículo nuestro "Las Riquezas de la Basílica de Natá" en que presentamos el inventario de las cuantiosas joyas que en el año de 1876 fueron expropiadas a la Iglesia por orden del Obispo, dejando al que fue uno de los más ricos templos de nuestro interior con escaso número de joyas, decíamos entonces, al hacer recuento de las existencias "y queda también el cuadro de la Santísima Trinidad, que la tradición señala como obra del pincel del divino Murillo". En ello no hicimos más que recoger la tradición natariega que asegura que sus antepasados remotos vieron al pie del célebre cuadro la firma de Murillo, que por efectos de la acción del tiempo se borró; como también que al Padre Baldomero Carles unos turistas ofrecieran fuerte suma por el cuadro que tenían como un Murillo auténtico. La tradición es de fuerte reigambre. Con esta impresión, el cicerone que lleva a los turistas a admirar el cuadro; los que

no tienen nociones pictóricas y aún los que no son legos en este arte, contemplan la pintura como obra del pincel del genial sevillano. Así han pasado los siglos. El lienzo ha sido motivo de especulaciones, unas fruto de la fantasía, otras de espíritus investigadores, "de los que gustan de penetrar en los más intrincados laberintos históricos para desentrañar verdades y descifrar enigmas".

Como muestras de estas lucubraciones presentamos dos de los más autorizados exponentes de nuestra intelectualidad:

Don Narciso Garay, autoridad en el Arte, en su libro *Tradiciones y Cantares de Panamá* dice lo siguiente: "... y nuestras pesquisas llegaron hasta la Sacristía de la Iglesia, donde descubrimos, vuelto hacia la pared, un óleo antiguo que la fama popular atribuye al pincel de Murillo. En esto hay confusión de criterio. El óleo en referencia no tiene de Murillo ni el unto, como dice nuestro pueblo; pero en la Catedral de Panamá sí hay un Murillo auténtico: "la Reina de los Cielos", que donó en años pasados el Dr. Justo Arosemena; y esto explica la confusión de los natariegos. El cuadro de Natá representa la Trinidad, pero le asignan forma humana al Espíritu Santo, contrariando a los cánones teológicos, y por esta razón fue descolgado de la pared de la Iglesia en una visita pastoral del Obispo de Panamá y relegado desde entonces a la Sacristía". (Ha vuelto a ocupar su altar expuesto a la veneración de los fieles y a la admiración del turista).

El Dr. Octavio Méndez Pereira en artícu-

lo publicado en la revista *Estudios*, titulado "Un cuadro de Murillo en Panamá", que es un fragmento de su biografía del Dr. Justo Arosemena, al referirse a nuestro famoso cuadro, lo hace de la siguiente manera:

"De sus discípulos puede ser el cuadro de *La Trinidad*, que existe en la Iglesia de Natá y que la tradición viene atribuyendo sistemáticamente a Murillo. Sabido es que Murillo, para poder vivir tuvo que producir telas religiosas de pacotilla, que él mismo preparaba o que ponía en manos de los discípulos de su taller, para luego de concluidas venderse las como suyas a los mercaderes que las traían a América. No sería por ventura, el cuadro de Natá debido a Pedro Núñez de Villavicencio o a aquel glorioso esclavo, el *Mulato de Murillo*, que se llamó Sebastián Gómez?...

"Si no es de Sebastián o de cualquier otro de sus discípulos, bien puede *La Trinidad* ser también de la época aquella en que acosado el genio sevillano por la miseria y desesperación "compró una pieza de tela, la cortó en pedazos y pintó sobre ella asuntos místicos que vendió a los pacotilleros, tan abundantes en Sevilla, que hacían entonces comercio con las Indias", según gráfica expresión de Teófilo Gautier. "Si alguna vez,—dice este escritor—, en cualquier Iglesia de América el viajero sorprendido se detiene ante algún cuadro de altar y ve una virgen cuya cabeza sublime se destaca de una composición precitada, en medio de personajes trazados con rápido pincel, es sin duda un *Murillo* desconocido, un pedazo

de aquella tela iluminada por el resplandor de su genio".

¡Cuántas generaciones, decimos nosotros, han desfilado en contemplación, más que contemplación, en misticismo, más artístico que religioso, como la visión de Gautier, ante el "Murillo" de Natá, ante el famoso cuadro de la Santísima Trinidad!

Vamos a destruir la tradición, conduciéndolos por los senderos de luz que ilumina esa tradición, que nos ha llevado a presencia de la verdad sobre la discutida paternidad del Cuadro.

Es la mañana del 6 de Abril de 1945,—coincidencia, mañana del 187 aniversario de la terminación del lienzo—. De ese lienzo que ha estado y estará siempre iluminado conforme la tradición, con los destellos de Bartolomé Esteban Murillo, tal es su gloria que ilumina hasta lo que no ha salido de su pincel!

El descubrimiento, ha sido obra de la casualidad. Encargado el pintor señor Gustavo Bal Palacio, bien conocido por sus refinados gustos artísticos, de limpiar, cambiar los forros que cubren la parte posterior del óleo y decorar el marco, dedicado estaba en su tarea y, como devoto de lo antiguo, con ojos excrutadores hacia la limpieza exterior cuando descubre al respaldo del lienzo la siguiente inscripción:

"Se acabó este Lienzo a 7 de Abril de 1758.—Joseph Samaniego".

(Como rúbrica una paloma mensajera)

Bien sabido es que Bartolomé Esteban Murillo "cuando estaba ocupado en una com-

Lotería Nacional de Beneficencia

**ES UNA EMPRESA NACIONAL DONDE UD. DEMUESTRA
SU PATRIOTISMO AYUDANDO A SOCORRER LAS
NECESIDADES DE LOS PANAMEÑOS NECESITADOS . . .**

**ES UNA EMPRESA HUMANA DONDE PUEDE HACER
FORTUNA AYUDANDO A LOS DESAFORTUNADOS**

JUEGUE A LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

posición de grandes dimensiones del Convento de los Padres Capuchinos de Cádiz, cayóse de un andamio y, trasladado a Sevilla, a consecuencia de las fracturas, falleció (1682). El cuadro de *La Trinidad* de Natá, que sistemáticamente se le ha venido atribuyendo fue concluído cuando habían transcurrido ya 76 años que su sepulcro estaba iluminado por el sol de la gloria y la historia se había apoderado de su fama y su nombre.

Entendemos que la fecha "Año de 1769" que está inscrita en la primera tela que cubre el exterior del cuadro, está indicando la fecha en que probablemente fue expuesto en la Iglesia, es decir once años después de concluído, y como quiera que nadie ha tenido que hacer antes reparaciones, ha permanecido oculto el autor del lienzo que por su valor artístico se atribuyó por años, tal vez por siglos, a Murillo.

Al pie del óleo hay visible esta oración: "Creo en la Santísima Trinidad. Espero en la Santísima Trinidad. Amo a la Santísima Trinidad. Me pesa de haber ofendido a la Santísima Trinidad. Deseo ver a la Santísima Trinidad".

Ilmo. Sr. Dr. Dn. Francisco Xavier Luna Victoria... S. M. (borrado lo demás).

Es posible que *La Trinidad* hubiera sido mandada hacer a España por el Obispo Luna Victoria para donarla a la Iglesia de Natá, demorado en el viaje y llegado a Panamá cuando ya el Obispo Xavier se encontraba ocupando la silla episcopal de Trujillo; esta conjetura explica la tardanza en llegar a su destino y de aquí la fecha de 1769 a que hemos hecho referencia para colegir desde cuándo el célebre óleo que representa uno de los más sublimes misterios del mundo cristiano, vigila a la feligresía devota de la histórica ciudad de Espinosa.

No sería también posible que Samaniego hubiera sido discípulo de los discípulos de la *Academia Sevillana* que fundara Murillo allí en el año 1660? Interrogante es éste que no es imposible contestar a quienes, como los que escribimos estas líneas, nos encontramos en ayunas en asuntos de Artes.

Pero sí es piadosa tarea sacar del anonimato al pintor de tan famoso óleo, que tal es su interés pictórico que la fantasía popular la confunde con el divino Murillo.

FRASES HISTORICAS

CARNEROS DE PANURGO

por JUAN J. MENDEZ

Panurgo es uno de los principales personajes del Pantagruel de Rabelais.

El episodio de los Carneros de Panurgo, que esa obra encierra, se ha repetido mucho en estos últimos tiempos, y la frase "*Carneros de Panurgo*" que se ha puesto a menudo en circulación ha servido para significar, de manera injuriosa la inconsecuencia de las multitudes que se dejan guiar pasivamente sin que sus acciones obedezcan en lo mínimo al razonamiento o al estudio de las conveniencias populares o políticas.

Durante el viaje de Pantagruel al país de las Linternas, (1) Panurgo tuvo una querrela en alta mar con el comerciante Dindenaut quién lo había injuriado garvemente. Para vengarse de él, haciéndole una buena jugada, le compró un carnero de los muchos que éste

llevaba para negocio y lo arrojó al agua. Atraídos por los balidos que daba, los demás compañeros siguiendo su ejemplo, se precipitaron en fila al mar uno detrás de otro, y el mismo comerciante fue arrastrado por el último carnero que quedaba a bordo. Con esto Rabelais daba el público el cuadro sorprendente de la extravagancia imitativa de las muchedumbres, que se proponía demostrar. Panurgo armado de un remo impedía que los carneros se subieran de nuevo a la nave y en peroración elocuente les amonestaba y en sarcásticas figuras de retórica les advertía las miserias humanas, asegurándoles ser más dichosos los que abandonan el mundo que los que quedan condenados a vivir en este valle de lágrimas.

En literatura se usa la frase *Carneros de Panurgo* para referirse a los que se apresuran a proceder atolondradamente por espíritu de imitación.

(1) Isla imaginaria de Rebelais por la cual viajaba Pantagruel.

LOS PIRATAS TOMAN A PANAMA

Un capítulo del libro sobre los filibusteros
de A. O. Exquemelin, 1678.
(Traducción de Luis R. Salvat).

analítico
TITN 119765



Sir Henry Morgan

El descubrimiento de América de ninguna manera había aprovechado a toda Europa, sino a los españoles exclusivamente, quienes habían dejado que el Papa les regalara todo el nuevo mundo, todo lo descubierto y lo que faltaba por descubrir (a excepción del Brasil). Celosos velaban por el monopolio de posesión y del comercio. Sin embargo, ciudadanos de los demás pueblos de navegantes (ingleses, holandeses, franceses, etc.) intentaron, repetidas veces, por su parte, extraer ganancias del Nuevo Continente. La temible alianza de los FILIBUSTEROS Y BUCANEROS la constituyeron contrabandistas, los cuales no se conformaban con proteger sus naves y mercancías con la fuerza de las armas sino que atacaban las españolas y las confiscaban. Su época de esplendor es la segunda mitad del siglo XVII, en que de la piratería corriente proceden a realizar desembarcos y grandes marchas, tierra adentro, saqueando ciudades y comarcas enteras. Una de esas atrevidas empresas es la expedición de Chagres, en el Océano Atlántico, a Panamá, y la toma de esta ciudad.

El libro del cual se ha tomado este capítulo fue escrito por Exquemelin, pirata holandés, quien tomó parte en esa expedición y a quien debe perdonarse el estilo poco literario en gracia de la importancia que a su relato concede el hecho de haber sido testigo presencial de los acontecimientos.

I

LA MARCHA HACIA LA CIUDAD DE PANAMA

Después de haber inspeccionado todo con minuciosidad, de haber equipado el castillo del mejor modo posible, y pertrechado convenientemente sus tropas, con toda clase de munición de guerra, según las posibilidades del país, emprendió Morgan su expedición hacia Panamá, en 18 de enero del año 1670. Tenía cinco barcos a cañón y treinta y dos canoas llenas de soldados. Aquí queremos ahora describir todo lo que aconteció de día en día, desde su partida de Chagres hasta su llegada a la ciudad de Panamá.

Navegaron así pues, a vela y remo, río arriba; recorrieron ese día unas seis leguas y llegaron por la noche a un lugar llamado Río de dos Brazos, en donde una parte de la tripulación saltó a tierra para dormir, pues en las naves se hallaban tan apretados unos con otros que no podían estar acostados. Había

allí diversos plantíos, en que los ladrones creían poder encontrar algunas raíces y frutas con que calmar el hambre, pero los españoles se habían llevado todo, sin dejar nada absolutamente en las casas; así es que por esta vez tuvieron que conformarse con una pipa de tabaco, si es que la querían y la tenían.

Al día siguiente, o sea el segundo, a los primeros albores iniciaron la continuación de su viaje y llegaron, hacia el medio día, a un sitio llamado Cruz de Juan Gallego, donde tuvieron que dejar las naves, tanto porque el río estaba seco, puesto que hacía largo tiempo que no llovía, como a causa de unos árboles que habían caído al río e impedían el cruce. Demasiado trabajo habría costado hacer pasar nuestras naves por ese lugar. Los guías nos dijeron que cuando estuviéramos dos o tres leguas más arriba podríamos entonces en parte marchar por tierra y en parte navegar en canoas. Esa noche se dió orden a la tropa de permanecer en las naves, para que, en caso de que encontrásemos las fuerzas enemigas en número muy considerable y que nos viésemos obligados a retroceder, pudiéramos tener refugio en las naves y dispersar a los enemigos por medio de los cañones.

Al día siguiente, o sea el tercero, fueron enviados algunos hombres con un guía para ver si era posible ir por tierra con una parte de la tropa; quiere decir que se temía que el enemigo estuviera ahí acechando porque el bosquecillo era muy espeso y había además fango en todas partes, de manera que era imposible realizar acción alguna. De ahí que Morgan se viera obligado a transportar una parte de sus tropas en canoas a un lugar llamado Cedro Bueno. Por la noche regresaron las canoas y se llevaron la otra mitad. Ahora ansiaban los ladrones sobremanera encontrarse por fin con el enemigo para conseguir algo de comer, pues estaban completamente debilitados por el hambre.

El cuarto día marcharon los bandidos por tierra con la mayor parte de su gente. La otra parte iba en canoas, río arriba, con otros guías que remaban delante en dos canoas, a unos tres tiros de mosquete, a fin de descubrir las emboscadas de los españoles. Los españoles tenían también espías que marchaban delante de los bandidos, fijándose en todo lo que hacían y que con facilidad podían avisar a los españoles medio día antes de que llegaran los bandidos que venían detrás. Hacia el medio día llegaron los bandidos a un lugar llamado Torno Caballos, donde los tripulantes de las canoas que remaban delante dieron voces

avisándoles que habían descubierto una emboscada de los españoles. En seguida los bandidos se prepararon con tanta vivacidad y alegría como para ir a una boda; ciertamente esperaban hallar abundancia de comida y bebida, ya que esas cosas eran muy escasas entre ellos. Por poco se hubieran aplastado recíprocamente con los pies, pues cada cual quería ser el primero, pero cuando llegaron encontraron nada más que el nido—los pájaros habían escapado— y quizá ciento cincuenta zurrones de cuero, vacíos, en que habían tenido el pan y la carne. Las barracas hechas por los españoles fueron demolidas. Como no encontraron nada más, se comieron los sacos de cuero con tanto apetito como si hubieran sido carne; cada cual lo preparó a su gusto, llegando hasta apalearse recíprocamente por el cuero. Después de descansar un poco y aplacar algo el hambre con cuero, continuaron los bandidos su marcha, y así llegaron por la noche a un sitio llamado Torno Muni, donde había también una emboscadura, pero igualmente abandonada como la anterior.

Al día siguiente, o sea el quinto, prosiguieron su marcha los bandidos, al despuntar el alba, y llegaron hacia el mediodía a un lugar llamado Barbacoa, donde encontraron otra vez una emboscadura abandonada. Allí había también muchos plantíos que los bandidos registraron para calmar su tremenda hambre, pero los españoles habían dejado allí tan pocas cosas como en los otros lugares. Finalmente, buscando y olfateando largo tiempo en todos los rincones hallaron una fosa que parecía recién cavada y dentro de ella dos sacos de harina junto con dos botellas grandes de vino y algunas frutas llamadas plátanos. Morgan, viendo una parte de su gente sumamente desesperada y muy debilitada por el hambre, mandó distribuir esas provisiones entre los que más las necesitaban. Después de haber comido un poco continuaron su marcha, sin embargo, los que no podían caminar por debilidad se dirigieron a las canoas, y los que hasta entonces se hallaban en ellas siguieron por tierra. Ese día marcharon todavía hasta muy entrada la noche y llegaron a un plantío donde pernoctaron. Los españoles habían hecho allí lo mismo que en los otros lugares, es decir que se llevaron consigo las provisiones.

Al día siguiente, o sea el sexto, no tuvieron necesidad de despertador, ya que el hambre les había dejado dormir poco. De la manera más acostumbrada, continuaron su cami-

no, unos a través del bosquecillo, otros en canoas. Repetidas veces tuvieron que hacer alto porque no podían avanzar, y durante la parada cada cual se introducía en el bosque para buscar algo de comer: unos comían hojas, otros, semillas de los árboles o hierba, tan grande era su miseria. El mismo día, hacia el mediodía, llegaron a un plantío en que encontraron un granero lleno de maíz y que fue demolido enseguida, arrebatando cada cual tanto maíz cuanto podía y comiéndoselo de la mano a la boca. Después de repartirse el maíz continuaron de nuevo su marcha. Habían avanzado poco más o menos una legua cuando encontraron casualmente una emboscada de indios. Todos arrojaron el maíz que llevaban, con la esperanza de encontrar allí gente y provisiones. Sin embargo, al llegar al sitio donde habían visto a los indios no encontraron ni gente ni víveres, sino que vieron unos cien salvajes que huían en la otra orilla del río. Algunos ladrones saltaron entonces al agua para trasladarse nadando al otro lado y alcanzarlos; en caso de que mataran a tiros a unos cuantos indios y no encontraran víveres entre ellos, estaban dispuestos a comérselos. Pero los indios eran más veloces en su carrera por el bosquecillo y además se reían de ellos; dispararon también hacia dos o tres de los bandidos, uno de los cuales murió, y les gritaron: "*¡Perros, a la sabana, a la sabana!*" Los ladrones no pudieron avanzar más esa noche.

Al día siguiente, o sea el séptimo, limpiaron sus fusiles y dispararon todos los cañones para que no fallaran cuando encontrasen al enemigo. Después los desembarcaron en canoas en la otra orilla; el lugar en que habían dormido se llama Santa Cruz. Después de que todos se hallaban al otro lado y estaban listos, reanudaron su marcha, con la esperanza de encontrar resistencia, y, como dije antes, de aplacar el hambre. Hacia el mediodía llegaron muy cerca de la aldea de la Cruz, en que vieron un humo muy grande. Entonces empezaron a entrar en valor y se decían unos a otros: los españoles tienen ya el asador sobre el fuego para darnos la bienvenida. Mas al llegar sí encontraron el fuego encendido, pero no el asador ni la carne: ciertamente, los españoles habían pegado fuego a todas las casas a excepción de los depósitos y las cabañerizas reales. El ganado que había estado por ahí lo habían conducido a otros lugares, de manera que en ese sitio no encontraron ni un alma, fuera de algunos perros que fueron muertos a balazos y

devorados por los bandidos. En la alhóndiga real hallaron unas diez y seis vasijas de barro, de vino peruano, junto con un zurrón lleno de pan. Cuando los bandidos llegaron donde estaba el vino empezaron a beber en exceso, pero a causa de eso enfermaron de muerte y vomitaron todas las inmundicias que habían comido por el camino. Ese día no pudieron seguir adelante, sino que tuvieron que pasar la noche en la aldea de la Cruz, que ya habían encontrado saqueada. Al día siguiente, o sea el octavo, tomó Morgan con su gente el camino hacia Panamá. Se enviaron delante doscientos hombres, es decir los que contaban con los mejores fusiles, para inquirir si los españoles habían puesto emboscadas en el camino, pues ese lugar se presta admirablemente para ese fin, ya que el camino es muy estrecho e intransitable. Hacia las 10 llegaron a un lugar llamado Quebrada Oscura, donde dispararon contra todos ellos de tres mil a cuatro mil flechas, sin haber podido ver o notar hombre alguno. La garganta atraviesa una sierra en que se halla cavado un camino, por el cual sólo puede pasar un asno cargado. Gran turbación había entre ellos, pues no veían a nadie, y las flechas caían tan tupidas como el granizo. Por fin, empezaron a tirar valerosamente hacia el interior del bosque. Algunos dispararon también hacia arriba, contra unos indios, los cuales corrieron cuanto podían a través del bosquecillo para estar en acecho de los bandidos en otra angostura y recibirlos del mismo modo. Había además otra cuadrilla de ellos que se mantuvieron firmes hasta que al fin fue herido el caudillo y cayó al camino, pero se levantó enseguida y tuvo el deseo de clavarle una azagaya o darle más en el vientre de uno de los bandidos, pero lo derribaron de un tiro, antes de que acometiera su empesa y quedó muerto en el suelo con muchos hombres de su tropa. En ese combate tuvieron los bandidos ocho muertos y diez heridos. Poco tiempo después llegaron los bandidos a una llanura grande, cubierta completamente de hierba y con amplia vista en su derredor hasta la lejanía, y así distinguieron unos indios en un cerro, muy cerca del camino que habían de recorrer. Mientras vendaban los heridos, fueron enviados unos cincuenta hombres de los más listos al encuentro de los indios con el objeto de coger unos cuantos como prisioneros, pero todo fue en vano. Cuando los bandidos habían avanzado un buen trecho, aparecieron los indios nuevamente ante ellos y les gritaron como antes: "*A la sabana, a la*

sabana cornudos perros ingleses". Ellos estaban en un cerro y los bandidos en el otro. Entre ellos, un bosque en el valle. Por eso sospechaban los bandidos que hubieran puesto ahí otra emboscada. Para mayor seguridad envió Morgan delante 200 hombres, permaneciendo con la gente restante en el cerro. Viendo los indios o los españoles que los bandidos marchaban hacia abajo, corrieron también hacia el valle, como si quisieran presentarles batalla, pero, tan pronto como se les perdieron de vista, huyeron por el bosque, pasando así los bandidos sin ser molestados. Al anochecer comenzó a llover, por cuya razón se apartaron de su ruta, en busca de casas para mantener secos sus fusiles. Pero los indios habían quemado todas las casas que estaban en el camino y habían sacado el ganado, a fin de que los bandidos, vencidos por el hambre, retrocedieran. Sin embargo, encontraron algunas, pero dentro no había nada de comer. A pesar de todo eso tenían ahora más ánimo que antes.

II

EL ATAQUE A LA CIUDAD DE PANAMA

Al día siguiente, o sea el noveno, al despuntar la aurora, mientras todavía hacía frío, reanudó Morgan su marcha, pues ese camino era peor que todos los caminos anteriores, a causa del intenso calor del sol. Una o dos horas después de su partida, vieron unos 20 españoles que acechaban el comienzo de la marcha. Los bandidos hicieron cuanto podían para tomar presos a unos cuantos de ellos, pero todo fue en vano, pues eran tan astutos y conocían tan bien el camino que cuando los bandidos creían estar a la delantera, se hallaban detrás de ellos, siguiéndoles desde lejos. Al fin llegaron los bandidos a un cerro desde el cual pudieron ver el Mar del Sur, también vieron una nave grande con cinco o seis barcos que navegaban de Panamá hacia las islas de Taboga y Taboguilla. Aquí empezaron todos a animarse, y su alegría creció todavía más, cuando, al bajar del cerro, llegaron a una amplia llanura llena de ganado. En seguida se dispersaron tirando a lo que se les presentaba. Todo el mundo estaba ocupado: mientras unos estaban cazando, otros encendían el fuego para que, cuando sus camaradas regresaron con los animales cazados, pudieran asarlos. Cuando se estaban regalando, pues, con esa deliciosa comida, Morgan mandó dar un toque de falsa alarma. Todos se levantaron en el acto, uno co-

rría hacia acá, otro hacia allá, pero nadie quería desprenderse de su bocado, antes bien cada cual se lo llevó consigo. Por fin volvieron a reunirse y continuaron su marcha.

Después de marchar un poco distinguieron las torres de Panamá y dieron tres gritos, arrojando de alegría los sombreros al aire. Parecía como que hubieran alcanzado ya la victoria. Acamparon ahí en campo abierto y empezaron a tocar los tambores y las trompetas, y a agitar los gallardetes, como si hubiera gran fiesta. Al toque de los tambores y las trompetas llegaron unos 50 jinetes, a un tiro de mosquete de distancia de los bandidos; también llevaban consigo una trompeta, la cual empezó a tocar con claridad. Después exclamaron: "Mañana, mañana, perros, nos veremos". Con lo cual se retiraron cabalgando, a excepción de siete u ocho que permanecieron allí para expiar lo que hicieran los bandidos. Sin embargo, éstos hicieron poco caso de eso. Cada cual procuraba amontonar paja a fin de hacer su cama para la noche.

Al día siguiente, o sea el décimo, por la mañana, a la salida del sol, se prepararon los bandidos para atacar a los españoles y después de que Morgan había puesto todo en orden, emprendieron la marcha, redoblando los tambores y agitando las banderas. El guía que llevaban le llamó la atención a Morgan haciéndole que mejor sería apartarse del camino grande y escoger otro, puesto que los españoles podrían, sin duda, ponerles ahí una emboscada y causarles daños. Se aceptó ese consejo y los bandidos dejaron el camino grande, a un tiro de mosquete, a la derecha, y tomaron otro a través del bosquecillo, el cual les era muy gravoso, pero como son gentes que no temen ninguna molestia, eso no les incomodaba mucho. Los españoles, que se habían atrincherado en el camino grande, como había dicho el guía, advirtiendo entonces que los bandidos tomaban otro camino se vieron obligados a marchar hacia ellos. El general de los españoles puso a sus soldados en orden de batalla y se lanzó sobre los bandidos. El ejército español constaba de dos escuadrones y cuatro batallones de infantería y dos piaras de toros feroces, empujados por una gran cantidad de indios, negros y mulatos. Los bandidos estaban en una pequeña colina y podían ver bien a los españoles. Bien habría deseado cada uno estar lejos de allí, aunque fuese con una buena zurra encima, ya que el ejército español era más numeroso. Resolvieron, pues, atacar a los españoles y combatir hasta el último soldado, pues

no había esperanza de gracia. Así pues, dividieron sus huestes en tres batallones, pero pusieron a la cabeza 200 hombres de los bucaneros franceses, porque estaban provistos de fusiles especialmente buenos y sabían tirar perfectamente. Estos marcharon de antemano, los otros fueron detrás. Los bandidos bajaron de la colina y los españoles, en un hermoso campo llano los estaban esperando.

Después de que la mayor parte de los bandidos llegaron a la llanura, alzaron los españoles una vocería y gritaron: "Viva el Rey", al mismo tiempo su caballería atacó a los bandidos, pero fue obstaculizada en sus movimientos por un pantano, en el cual los caballos sólo podían avanzar lentamente. Los 200 bucaneros de adelante, que veían cómo se fatigaban los españoles por hacer pasar sus caballos, doblaron la rodilla en tierra e hicieron simultáneamente una descarga, y habiendo disparado así la primera mitad siguió igualmente la segunda, de manera que podían hacer fuego sin cesar. Los españoles no querían ser los deudores; más bien devolvían los tiros con denuedo y hacían cuanto podían para derrotar a los bandidos. La infantería procuraba amparar a su caballería, pero fue envuelta por otra tropa de bandidos en una violenta escaramuza. Los españoles consideraron oportuno el momento para empujar los toros sobre los bandidos, por detrás, y producirles confusión, pero una parte de los bandidos dirigieron sus ataques contra ellos, mientras los demás estaban en el combate; blandieron sus gallardetes contra los animales, les dispararon también unos cuantos tiros, de manera que huyeron, muy a disgusto de sus boyeros, quienes, finalmente, al igual que sus toros, emprendieron la fuga.

El combate había durado aproximadamente dos horas, cuando la caballería española estaba ya completamente derrotada; los más de ellos fueron muertos, los otros huyeron. Cuando la infantería vio que la caballería había aventajado tan poco a los bandidos y que ella misma no sabía cómo dominarlos, descargó sus mosquetes, los arrojó y se escapó lo más ligero que pudo. Los bandidos, muy quebrantados por el hambre y la fatiga sufridas en el camino, no pudieron perseguirlos. Varios españoles que no podían marchar se confundieron en el cañaveral que crece a lo largo de las pequeñas aguas que corren por allí, pero los bandidos mataron a los que cogieron, como si fueran perros. Fue apresado un grupo de monjes canosos, que fueron conducidos a la presencia de Morgan;

pero mandó fusilarlos a todos, no habiendo querido escuchar de ellos ni una sola palabra. Después llevaron ante él a un capitán de la caballería, herido en el combate. Morgan mandó someterlo a un interrogatorio en el cual aquél hizo saber en qué condiciones se hallaba su ejército, es decir, que se componía de 400 caballos y 24 compañías de infantería, a razón de 100 hombres cada compañía, además, 600 indios junto con algunos negros y mulatos que habrían de lanzarse con 2000 toros sobre los bandidos y fomentar confusión entre ellos, para que pudieran ser derrotados así completamente; también, que habían construido atrincheramientos en distintos puntos de la ciudad, con sacos de harina, sobre los cuales estaban cañones emplazados, para defender la ciudad hasta el último extremo; además, que en el camino por el cual tendrían que pasar los bandidos había un reducto con 50 hombres y ocho piezas de metal.

Después de oír Morgan todo eso dió orden de tomar otro camino. Al punto mandó tocar el tambor para volver a reunir su gente y ver qué daños habían sufrido. Los españoles habían desaparecido de repente, de manera que no se veía ninguno por toda la región. Morgan mandó poner otra vez su gente en orden de batalla y así se verificaron los daños; se puso de manifiesto que habían perdido unos pocos y que tenían algunos heridos. En cambio, de los españoles había tendidos en el campo 600 sin contar con los heridos ni los desaparecidos. Esa pérdida insignificante les infundió gran valor, y después de un corto descanso, se dispusieron a marchar sobre la ciudad, jurándose de nuevo recíprocamente socorrerse mutuamente y luchar hasta el último soldado.

Con esa decisión marcharon con los prisioneros sobre la ciudad. Cuando llegaron no la encontraron como habían creído, pues era su opinión que los fugitivos españoles se habían retirado a la ciudad. Sin embargo, las calles estaban obstruidas de sacos de harina, sobre los cuales estaban emplazadas hermosas piezas de metal. Sin embargo, los bandidos atacaron en efecto, pero no tenían las mismas facilidades que afuera en campo abierto, pues el cañón estaba cargado con cartuchos de metralla, lo que ciertamente producía mayor efecto que antes los mosquetes. No obstante, a las dos horas la ciudad estaba en poder de los bandidos, quienes mataron a todo el que les oponía resistencia. Cierto es que los españoles habían sacado todos sus

bienes de la ciudad, pero todavía había muchos depósitos llenos de mercancías de toda clase, como seda, lienzo y otros géneros más.

Echada por tierra toda resistencia, Morgan mandó convocar a su gente y les prohibió que bebiesen vino, puesto que le habían

avisado que los españoles habían envenenado todo el vino. Verdaderamente eso no era cierto, pero se le ocurrió para no inutilizar la tropa para el combate por exceso de bebida, puesto que no había seguridad de que no regresara el enemigo.

A UD. LE INTERESA SABER :

1^o

Que con la gran demanda de billetes es conveniente que no espere el sábado para la compra de sus billetes, porque corre el peligro de no encontrar su número.



2^o

Que es conveniente, siempre que Ud. compre billetes, tomar nota del número de los folios correspondientes, pues si se le extravía, Ud. no puede presentar denuncias, etc., sin este importante detalle.



3^o

Que es conveniente, coleccionar esta revista, pues se seguirán publicando vistas históricas del Panamá de hace 50 años y del Panamá de nuestros días.

DELEGADOS A LA CONVENCION CONSTITUYENTE. EN ORDEN ALFABETICO.

<i>Nombre:</i>	<i>Provincia:</i>	<i>Partido Político:</i>
1. Almillátegui Neira, Jerónimo	Coclé.	Liberal Nacional.
2. Araúz, Harmodio	Coclé.	Nacional Revolucionario.
3. Arias, Aurelio E.	Chiriquí.	Nacional Revolucionario.
4. Arosemena Forte, Gaspar	Panamá.	Liberal Renovador.
5. Arosemena Forte, Harmodio	Los Santos	Liberal Renovador.
6. Arosemena, Maximiliano	Coclé.	Liberal Doctrinario.
7. Arosemena, Rodolfo Elías	Veraguas.	Nacional Revolucionario.
8. Arrocha Graell, Waldo	Veraguas.	Conservador.
9. Ayala P., Homero	Panamá.	Liberal Renovador.
10. Barletta, Heraclio	Panamá.	Nacional Revolucionario.
11. Bazán, José Dominador	Colón.	Liberal Renovador.
12. Bellido, Abilio	Nacional.	Demócrata.
13. Boutet, Amado	Chiriquí.	Demócrata.
14. Boyd, Alberto A.	Panamá.	Demócrata.
15. Brower, José A.	Panamá.	Socialista.
16. Calvo, Esther Neira de	Nacional.	Nacional Revolucionario.
17. Cano Chanis, Elías	Los Santos	Liberal Nacional.
18. Castellero, Cecilio	Los Santos	Nacional Revolucionario.
19. Clément, Roberto	Panamá.	Liberal Renovador.
20. de Obaldía Jované, José	Chiriquí.	Liberal Doctrinario.
21. de Reuter, Antonio	Colón.	Liberal Renovador.
22. de la Lastra, José Anel	Chiriquí.	Nacional Revolucionario.
23. de la Rosa, Diógenes	Nacional.	Socialista.
24. de los Ríos, Gregorio	Darién.	Liberal Nacional.
25. Delvalle, Eric	Panamá.	Liberal Renovador.
26. Fábrega, José Isaac	Nacional.	Independiente.
27. Ferrari, Agustín	Herrera.	Nacional Revolucionario.
28. Galindo Toral, Mario	Nacional.	Liberal Nacional.
29. García de Paredes, Luis Enrique	Nacional.	Conservador.
30. Herrera B., José María	Veraguas.	Liberal Doctrinario.
31. Jiménez, Ramón	Nacional.	Liberal Doctrinario.
32. Jurado V., Rosendo	Bocas del Toro.	Independiente.
33. López y León, Jacinto	Nacional.	Liberal Nacional.
34. Marengo, Salvador	Veraguas.	Liberal Nacional.
35. Moreno, José M.	Colón.	Liberal Doctrinario.
36. Ortega, Alberto	Chiriquí.	Demócrata.
37. Páez, Gumersinda	Panamá.	Nacional Revolucionario.
38. Pérez, Felipe O.	Panamá.	Liberal Doctrinario.
39. Pino Raphael, Manuel	Nacional.	Nacional Revolucionario.
40. Ramírez Duque, Jorge	Panamá.	Liberal Renovador.
41. Ríos S., Pacífico	Herrera.	Liberal Doctrinario.
42. Rivera L. Alberto	Colón.	Demócrata.
43. Robles Méndez, Rogelio	Coclé.	Liberal Renovador.
44. Rosas, Rosendo	Veraguas.	Liberal Renovador.
45. Sagel, Nicolás	Chiriquí.	Liberal Nacional.
46. Silvera, Didacio	Chiriquí.	Liberal Renovador.
47. Simons, Generoso	Panamá.	Liberal Nacional.
48. Sucre, Antonio José	Panamá.	Liberal Renovador.
49. Teixeira, Gil Blas	Colón.	Nacional Revolucionario.
50. Varela Jr., Manuel	Herrera	Demócrata.
51. Vargas, Julio E.	Veraguas	Demócrata.

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)

TIPOGRAFIA
LITOGRAFIA
FOTOGRAFADO
RELIEVE
ENCUADERNACION
PAPELERIA

≡≡≡ EL MEJOR EQUIPO ≡≡≡

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. DE P.

Teléfono 696

Apartado 159

NUMERO 8

CALLE DEMETRIO H. BRID

No. 8

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

PLAN DEL SORTEO ORDINARIO

de dos series de 26 fracciones
cada una denominadas Series "A" y "B"

PRIMER PREMIO

1	Premio Mayor de		B/.52.000
1	Segundo Premio de		15.600
1	Tercer Premio de		7.800
18	Aproximaciones de B/. 520.00 cada una		9.360
9	Premios de 2,600.00 " "		23.400
90	" " 156.00 " "		14.040
900	" " 52.00 " "		46.800

SEGUNDO PREMIO

18	Aproximaciones de B/. 130.00 cada una		2.340
9	" " 260.00 " "		2.340

TERCER PREMIO

18	Aproximaciones de B/. 104.00 cada una		1.872
9	" " 156.00 " "		1.404

1.074 Premios

Total B/.176.956

Precio del Billeto entero, B. 26.00

Precio de la fracción de Billeto, B. 0.50